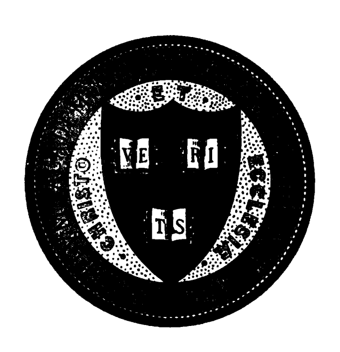
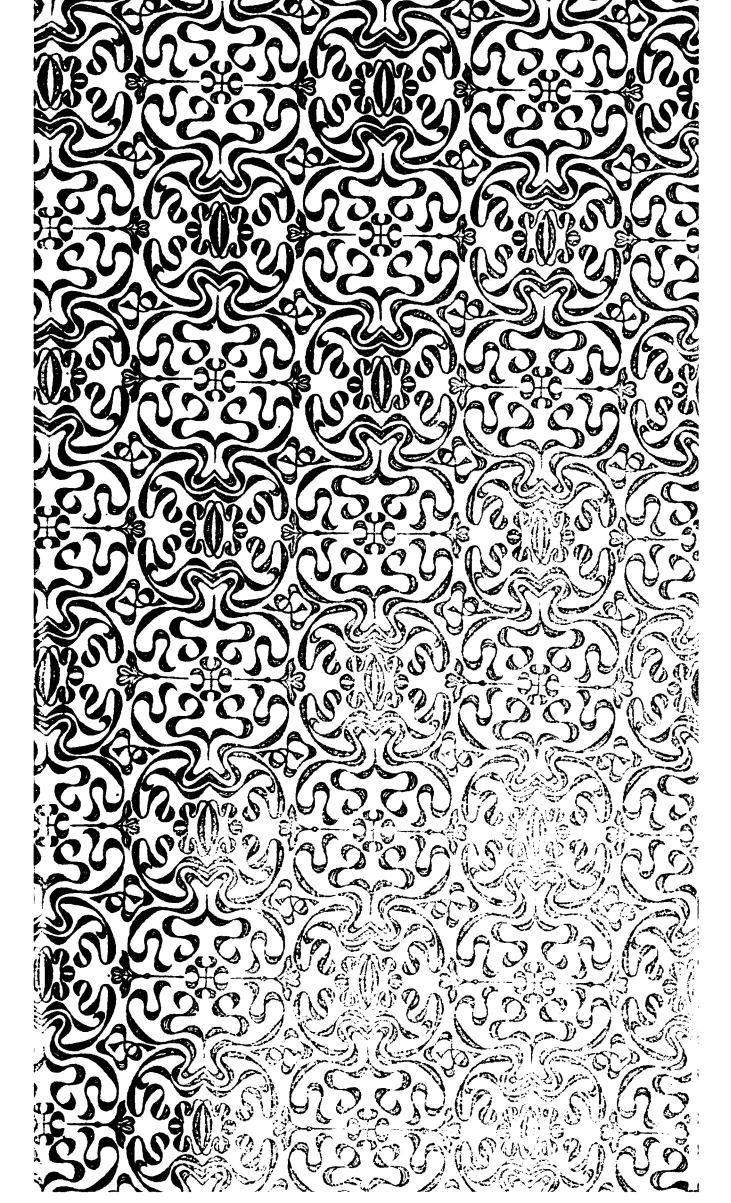

VE RI TAS
CHRISTO ET ECCLESIAE



CÁNOVAS Y LAS LETRAS

ESTUDIO CRÍTICO

POR

MANUEL G. REVILLA



MÉJICO
Tipografía de "EL TIEMPO"
Cerca de Santo Domingo No. 4
1898



CÁNOVAS Y LAS LETRAS

catástrofe, cuyos ecos repercuten fuera de los confines españoles.

Sacar á España de esterilizadora anarquía, restaurar sus decaídas fuerzas, hacer que la desviada corriente volviera á su cauce, restablecer, modernizar y consolidar la Monarquía; dotar á su patria de una constitución política apropiada á su modo de ser, organizar y disciplinar los partidos, abatir el militarismo, armonizar la libertad con el orden, respetar las antiguas creencias sin menoscabo de la tolerancia, mantener siempre en alto el honor nacional, continuar, en fin, la historia de España; tal fué la inmensa labor de Cánovas, tan ardua como fecunda, tan osada como merecedora del aplauso de los hombres de bien. Por espacio de veintitres años consecutivos y lo mismo en la oposición que en el gobierno, dirigió los destinos de su patria. Cánovas era el político necesitado y merecido por el gran pueblo español. Muerto él, ha quedado como acéfala y abatida la descubridora y civilizadora de América.

Con haber sido tan grande la acción política de Cánovas y haber representado tan culminante papel en los sucesos con-

temporáneos, todavía se extendió á mas su fecunda actividad, pues al lado del hombre de Estado aparece el filósofo, el historiador, el orador, el publicista, el poeta; el consumado literato y el colaborador de la cultura hispana.

No es de nuestro intento considerarle como político y estadista; mas circunscribiendo nuestro examen al solo campo de las letras, llega Cánovas del Castillo á tener en él tal importancia, alcanza tan grandes proporciones su figura literaria, que no puede menos de arredrarnos la empresa de aquilatar el mérito de sus obras, y únicamente la admiración que despiertan en nosotros y el detenido estudio que les hemos consagrado, nos mueven en nuestro empeño y acaso disculpen el atrevimiento.

Sin tratar por directo modo del político es menester, sin embargo, tenerle presente al estudiar sus producciones literarias; porque como acertadamente observa Mr. Charles Benoist en ninguna circunstancia deja Cánovas de ser hombre político. El tipo de político y escritor de nota al propio tiempo, no ha sido, ciertamente, raro en España; lo uno y lo otro fueron Jove-

llanos, Martínez de la Rosa y el Dnque de Rivas, lo mismo que Pidal y Mon y Silvela y otros que aun viven; mas en todos ellos fácil es advertir que uno es el literato y otro el político, al paso que en Cánovas ambos caracteres se aunan en términos de que rara será la obra suya en que deje de aparecer el hombre de Estado, siendo ésta una de las circunstancias que más contribuyen á dar sello peculiar á sus escritos. No ya sólo en el general criterio, en los temas que trata, en los juicios que emite sobre personajes históricos y hasta en los símiles que emplea se muestra el político, sino muy principalmente en el resultado práctico á que encamina sus obras, ilustrando y guiando por medio de ellas á la opinion pública en determinado sentido.

Cuantas veces le dejaron algun vagar los arduos negocios del Estado, otras tantas acudía á las letras como un esparcimiento del espíritu y como en demanda de alivio para las fatigosas labores de la polí-ca; y así era como se entregaba al estudio de las más encumbradas cuestiones de filosofía, á los problemas más oscuros de la historia, á las más palpitantes controver-

sias de literatura y arte, produciendo su privilegiada pluma esas variadas y profundas y bellísimas disertaciones sobre tan diversas materias, que serán siempre asunto de meditación para el pensador y encanto para el hombre de gusto. Pero este á modo de descanso suyo no podía ser frívolo pasatiempo, sino un estudio serio y persis tente, una orientación en el saber contemporáneo que nunca le sorprendió con sus novedades, un nuevo aquistamiento científico, un rejuvenecimiento de ideas; lo cual en breve traducíase en enseñanza y elevado recreo para sus lectores ú oyentes (1). La cátedra del Ateneo y el sitial de las Academias compartían su interés con la tribuna del Congreso y el solio de la presiden-

(1) Proverbial fué la afición del Sr. Cánovas por los libros, y reputábasele como uno de los hombres que más han leído en este siglo. La biblioteca que dejó contiene cerca de 30,000 volúmenes, entre los cuales se cuentan libros rarísimos y más de 150 incunables. Su total valor puede ascender á 2.000,000 de pesetas. Sábese que destinaba 1,000 mensuales para la adquisición de obras. Los libreros tenían or den de enviarle cuanto en España y fuera de ella se publicase acerca de Historia, Filosofía, Sociología, etc. La última vez que presentó su dimisión de presidente del Gabinete, dijo para demostrar las privaciones á que lo sujetaba su elevado cargo, que le esperaban 300 volúmenes sin hojear.

cia del Ministerio, viéndosele indistintamente y con igual solicitud acudir lo mismo á los centros del saber que á los de la política y el gobierno.

Sus obras aisladamente consideradas, resintiéronse de esa duplicidad de la actividad de su espíritu, que no le permitió acometer un trabajo de duración larga; pues si bien todas sus producciones literarias suman algunos volúmenes, no es de gran extensión cada una de ellas, y generalmente pertenecen á aquel género de trabajos que no requieren crecido número de páginas, tales como discursos, conferencias, introducciones ó prólogos de libros. (1) La relativa brevedad de este género literario prestábase por otra parte, á maravilla, para poder comunicar sus ideas y su vasto saber, en grandes síntesis. robando el menor tiempo posi-

---

(1) Don Gaspar Núñez de Arce en el artículo necrológico que publicó el 24 de Agosto de 97, nos hace saber que Cánovas abrigaba vivos deseos de escribir una gran obra de historia, así como un drama que fuese representado ante el públieo, géneros ambos por los cuales sentía especial predilección, mas la muerte hizo frustráneo un propósito cuya realización habría sido grandemente plausible para las letras.

ble á sus tareas de gobernante y de jefe de una gran agrupación política. Pero además, la presidencia del Ateneo Científico y Literario de Madrid—la más importante corporación docente de España independiente del Estado—que ejerció en períodos diversos, y las repetidas demandas que le fueron hechas para que escribiese prólogos de ajenas obras, hicieron que sus escritos revistieran en gran parte la forma que se ha dicho, de discursos, conferencias é introducciones críticas; y aun sus estudios históricos si se exceptúa el *Bosquejo histórico de la Casa de Austria*, todos afectan la forma de disertaciones más ó menos extensas.

Con tal carácter de presidente del Ateneo, del que fué uno de los más insignes benefactores y á cuya cátedra dió elevación é impulso, al inaugurar las tareas académicas de la sociedad, eligió siempre los más trascendentales temas, estudiando en el año de 1870 en que por vez primera ejerció la presidencia, *La raza latina y la germánica;* en 71 *El pesimismo y el optimismo, en relación con los problemas de la época actual;* en 72 *El problema religioso y sus relaciones con el político;* en 73 *La libertad y el progreso en*

el mundo moderno. El concepto de nacionalidad y *Los maestros y enseñanzas de la cátedra del Ateneo* en 82 y 84; el *Reinado de don Pedro I y las intervenciones extranjeras en Castilla* y *El concepto y ejercicio de la soberanía en las democrácias modernas* en 88 y 89. En 1890 ocupóse en la *Cuestión obrera y su nuevo carácter;* en 1891, é inaugurando la serie de conferencias del Ateneo para conmemorar el cuarto centenario del descubrimiento de América, trató del *Criterio histórico con que han sido juzgadas las personas que intervinieron en el descubrimiento de América.* En fin, el 30 de Junio de 1894, en que por vez última dirigióse al Ateneo, fué tema de su discurso la *Opinión pública y los gobiernos.* No sin razón, pues, al publicar reunidos la mayor parte de dichos trabajos dióles el título de *Problemas contemporáneos.*

Entre sus introducciones de libros deben señalarse en primer término, por su excepcional importancia, la Carta-prólogo que precede á la *Vida de la Princesa de Eboli* por D. Gaspar Muro, y el trabajo sobre el teatro español que acompaña á la obra publicada por D. Pedro Novo y Colson bajo el título *Autores dramáticos contemporáneos*.

Como introducción á obras de otros escritores figuran asimismo, los estudios acerca de la política y la oratoria que van al frente de *Los oradores griegos* y *Los oradores romanos* de D. Arcadio Roda; la necrología de Moreno Nieto y los juicios críticos sobre D. Manuel de la Revilla y D. Serafín Estébanez Calderón, el último de los cuales es, al propio tiempo que una biografía, un estudio de la época en que figuró el autor de las *Escenas andaluzas*, y en fin, el prólogo á las novelas de D. Juan Valera.

Los discursos de recepción en las Academias de la Historia, de la Lengua, de Ciencias morales y políticas y de Bellas Artes, de todas las cuales fué miembro y concurrente asiduo, habiendo presidido, además, la de la Historia, y algunos de contestación á socios de las mismas Academias,—constituyen parte muy principal de las obras del Sr. Cánovas; y otro tanto cabe decir de sus estudios históricos. Son éstos además del antes mencionado *Bosquejo histórico de la Casa de Austria*, los *Estudios del reinado de Felipe IV*, que comprenden, *Revolución de Portugal*, *Negociación y rompimiento con la república inglesa*, *Anteceden-*

tes y relación crítica de la batalla de Rocroy y el estudio histórico (que dejó incompleto) acerca de los progresos del desmembramiento de la Monarquía española á partir del siglo XVII, introducción á las "Memorias del Marqués de Mina" próximas á ver la luz pública; admirables análisis todos, de las causas de la grandeza y decadencia de España, escritos con la pluma de los Moncadas y Melos.

Completan el catálogo de las obras de D. Antonio Cánovas del Castillo una novela histórica, *La Campana de Huesca*, y un tomo de poesías; sin que debamos pasar en silencio dos artículos no coleccionados, pero por todo extremo interesantes, el uno sobre la escritora criminalista Dª. Concepción Arenal y sobre el historiador Prescott el otro. Reunidas la mayor parte de sus obras forman nueve tomos de la *Colección de escritores castellanos.*

Despréndese de la sola enumeración de ellas cuán múltiples y variados fueron los asuntos que ocuparon la inteligencia del que Moreno Nieto apellidó "Cerebro de la cultura contemporánea." Religión, filosofía, política, sociología, historia, literatura,

arte; de todo ello trató con profundo saber y consumada pericia. En cada una de sus vastas disertaciones parecen como agotados los asuntos que comprenden: tal es la amplitud con que trata la materia y tal el dominio y la profundidad que muestra en ella. Sus originales puntos de vista, su peculiar método, la alteza de pensamiento, la firmeza del raciocinio, la rigurosa exactitud de expresión, su particular forma literaria, su tono levantado, su estilo, en fin, dan á sus obras un acento de inconfundible personalidad.

Hijo de su siglo y de su época como él mismo se proclama, propende á tratar, y en ello se complace, de aquellas cuestiones que más preocupan en el día y que más ó ménos directamente afectan á la sociedad contemporánea; y si á las disquisiciones históricas se entrega, hácelo con criterio que en modo alguno desdice del hombre moderno, y siempre buscando en el estudio de lo antiguo, enseñanzas y aplicaciones prácticas para el presente. Las doctrinas que refuta son capitales errores de nuestro tiempo, y las soluciones por él propuestas, aplicables son á nuestra época; y esta es acaso la cau-

sa principal de que grandemente nos interesen sus imperecederos escritos.

Cuando el radicalismo en religión, en política, en filosofía y hasta en arte, parecía llamado á dominar el mundo así en el orden especulativo como en el práctico, por el fascinador prestigio que la novedad lleva consigo, por el talento y la osadía de sus propugnadores, y por el abandono en que iban quedando las ideas contrarias, apareció Cánovas del Castillo sustentando estas mismas opuestas ideas, al parecer fatalmente condenadas á total descrédito y á irremediable olvido. Con lo cual, en verdad, poco hubiera ofrecido de excepcional la figura de Cánovas, puesto caso que antes que él otros campeones habían reñido batallas semejantes; pero lo raro, lo inusitado estuvo en que sin rechazar de plano y en absoluto las nuevas ideas, antes aceptando con generosa amplitud no poca parte de ellas, colocábase del lado de la tradición distinguiendo con perspicaz mirada y ánimo despreocupado, así los vicios que había en lo viejo como lo bueno que la novedad traía consigo. Para otros espíritus que no tuvieron ni su sagacidad ni su levantado

criterio, todo lo antiguo era merecedor de aprobación y todo lo nuevo tenía que ser forzosamente malo; él por el contrario, con certero golpe de vista, donde quiera que lo hubo, discernió siempre lo bueno de lo malo, y supo verter vino añejo en ánforas nuevas. Tan amigo de la tradición como enamorado del progreso, si luchó cuerpo á cuerpo con el radicalismo y si logró enfrenar su impetuoso empuje, hízolo sin pretender nunca remontar las modernas corrientes; y así, pudo con sobrada razón reputarse á sí mismo hombre de su época y pudo igualmente, denominarse con grande exactitud [aunque no sin escándalo de los exagerados de uno y otro extremo] liberal y conservador á un tiempo, mereciendo su obra política el beneplácito de las altas potestades de la Iglesia por su excepcional *modus agendi*.

A la manera que demostró así en teoría como en la práctica contra los de la extrema derecha y los de la izquierda extrema, á quienes dejó cuasi atónitos, que no era irreconciliable la tradición con el progreso como unos y otros lo pretendían y propalaban, del propio modo hizo posible

la libertad con el orden, infundiendo la paz en el espíritu de aquellos hombres de buena voluntad que en perplejidad angustiosa fluctuaban entre los prestigios del pasado y la halagadoras promesas del porvenir. La paz moral debióle tanto como la que hubo de proporcionarle al Estado. Con el ejemplo de Cánovas, vióse que se podía ser liberal sin abrazarse á los anárquicos principios de la Revolución francesa, y conservador, sin tener que afiliarse en la reacción ultramontana.

Sostiene las antiguas creencias no sólo á título de verdades del orden intelectual, no sólo como elemento histórico al que van unidos la lucha de siete siglos contra la dominación árabe y la expansión española en América; la libertad y la victoria, la conquista, el poderío y las glorias nacionales, sino juntamente como preciso fundamento de todo orden social. Para nuestro autor la existencia del Sér Supremo, más que con la contemplación del mundo físico, demuéstrase con la necesidad que ella implica para que pueda subsistir ese mismo orden social. "Para mí—dice—la evidente necesidad de Dios en la vida, basta á demostrar su exis-

tencia con igual certidumbre que tienen todos para dar por indubitada la ley de la atracción, desde Newton hasta ahora; por causa de que sólo ella explica satisfactoriamente la teoría del sistema planetario y aun el de las moléculas terrestres."

Pero si es verdad que no sólo acepta sino que proclama y defiende la fe religiosa, no lo es menos que circunscribe la acción de la Iglesia á su esfera propia. "Es lo propio de la religión, ha escrito, el florecer en esferas independientes del Estado."

Su respeto al principio histórico, ineludible componente de la realidad, que en vano se pretende desconocer en las constituciones políticas artificiales y efímeras inspiradas en principios *á priori* únicamente, llevóle á aceptar la forma monárquica para España, como habría aceptado la republicana de tratarse de Suiza ó los Estados Unidos, donde dicha forma procede de principios históricos; empero la monarquía que patrocina, es la constitucional á la manera de la inglesa, en que el Rey reina y no gobierna, y en que al poder del monarca, representación de la autoridad, acompaña el del Parlamento ó Cortes, garantía de la li-

bertad política. En tal sistema, bien sabido es, el Gabinete, depositario á un tiempo de la confianza de la Corona y de la de los cuerpos legisladores, es quien gobierna mientras dicha confianza perdura. República efectiva aunque disfrazada, se ha llamado á tal forma de gobierno, á diferencia de otras que son monarquías con apariencia de repúblicas.

Acepta la soberanía, mas no la del pueblo sino la de la nación, y en concepto muy otro del profesado por la escuela radical democrática. Cuestión es esta de la soberanía, oscura y difícil, y no resuelta por publicistas de la talla de Aristóteles y Montesquieu y falseada por Rousseau, con su fácil y superficial teoría del pacto social.

Partiendo de la base de que las naciones no son producto de la voluntad de los hombres, sino obra de la naturaleza, sustenta Cánovas que la soberanía ó poder de la nación, no se funda ni en la voluntad individual á todo momento mudable, ni en la social ó colectiva que sólo obra á impulso de las pasiones; voluntades una y otra que no tienen derecho para destruir el vínculo indisoluble de las asociaciones humanas, —

sino que reside en una actividad superior que sintetiza y absorbe, por decirlo así, tanto los estados de la voluntad individual como los de la colectiva; actividad que se desarrolla en un organismo tan natural como el humano y con vida propia, peculiares leyes y fines altísimos que él sólo puede cumplir, y *secularmente engendrado en el tiempo*. En esta actividad es en la que sólo se cifra la voluntad de la nación, fundamento propio de la soberanía nacional.

En tal supuesto, no cabe en un tiempo dado, más que una sola forma de soberanía que para cada nación sea legítima, pretenda lo que quiera por el momento la voluntad general, y aunque bajo el imperio de una pasión buena ó mala, real y unánimemente se sumen en ella cuantas voluntades individuales la componen. "Muy bien puede una nación, dice, desear no ser lo que es; pero el cambio ó transformación no depende de su propio gusto, tal como no depende del hombre feo ser hermoso ni del de exigua talla rivalizar con gigantes. Al modo mismo que el cuerpo humano, cabe que una nación mejore de salud, y hasta cierto punto cambie de naturaleza muy

lentamente, mas nunca de súbito y á medida de la voluntad, ni desbaratando sus esenciales condiciones de ser. Mal, pues, que á las ciegas pasiones pese, toda nación que á impulso de ellas, ilegítimamente ejerce la soberanía, sin remedio continúa siendo en su interior la misma que antes y en estado normal era, aunque desquebrajada por el inútil esfuerzo y más incapaz que nunca de satisfacer sus realmente legítimas aspiraciones."

Reconoce, pues, á las naciones por señoras de sí mismas, mas á ellas *íntegras* y en su gran vida histórica, que no á ninguna minoría de habitantes, ni siquiera á ninguna mayoría ebria, pasajeramente seducida ó de cualquier modo extraviada.

El concepto de soberanía de la escuela *roussoniana*, el de la soberanía popular absoluta, tenido como inconcuso por el radicalismo, desvanécese ante la negación del supuesto pacto social, ante el infranqueable límite de los principios racionales y morales y ante ese elemento *histórico secular* que íntimamente ata y condensa las voluntades individuales en cuerpo de nación.

El sufragio universal, expresión de la

supuesta soberanía del pueblo y consagración del predominio de la fuerza brutal del número contra la inteligencia y la riqueza, que, ó se falsea y desnaturaliza como con efecto sucede, ó conduce lógica é inexorablemente al socialismo al entregar las fuerzas políticas de un país á las clases más ignorantes y más pobres, no halla, por de contado, gracia á los ojos de Cánovas; sin que ello obste, sin embargo, para que admita el voto público, si bien restringido á los aptos y á los que teniendo qué perder por sus bienes de fortuna, siquiera no sean cuantiosos, pueden ser garantía del orden y estabilidad sociales. Más aún: acepta la generalización del sufragio, con tal que éste sea ponderado, esto es, que al voto del ignorante y del proletario no se le dé idéntico valor que al del hombre instruído ó poseedor de bienes de fortuna.

Tal distinción, de fijo que no ha de ser del agrado de los simpatizadores del dogma revolucionario de la igualdad, y es, no obstante, forzosa; ya por lo absurdo de equiparar unos votos con otros, ya porque el hacerlo conduce al socialismo. No es de esperar que ejercida la autoridad mediante

el sufragio universal por los desheredados, que son el mayor número, empleen esa fuerza en mantener las desigualdades de fortuna, y necesariamente habrán de atentar á la propiedad para darle su porción á los que llegaron tarde al reparto de la tierra. De ahí que sufragio universal y socialismo ó comunismo signifiquen una misma cosa con distintos nombres. El sufragio universal y la propiedad son, pues, antitéticos, y el supuesto dogma de la igualdad absoluta sofisma y error notorio. Las desigualdades, provengan de la herencia, de la superioridad nativa, de la casualidad, etc., son, por el contrario, inherentes á la naturaleza humana. "En buena hora, dice Cánovas, que la propiedad sea accesible á todos por el trabajo y la economía; así, por medio de ella, puede sin inconveniente ser accesible á todos la autoridad." No ha de acusársele seguramente, de estrechez de doctrina aun dado que no acepta la igualdad de sufragio.

Es para nuestro autor, el Estado, á la vez que asociación impremeditada é inevitable, permanente en su esencia y contingente en sus formas que constituyen los

hombres con objeto de cumplir sus fines legítimos aunando sus fuerzas individuales, instrumento indispensable para mantener el derecho del individuo contra el individuo valiéndose de la fuerza colectiva, y medio por el cual súplese temporalmente cuanto es indispensable y falta en la vida social, ya por la flaqueza de los individuos, ya por la de las asociaciones parciales y fortuitas. Y si bien es adicto á los derechos individuales ó naturales, limitados y legislables, es, al propio tiempo, sostenedor de un Estado fuertemente constituído que pueda garantizar las públicas libertades, á menos de que los hombres fuesen incapaces de injustas usurpaciones é hicieran innecesaria esa constitución poderosa del Estado. Claro es que así concebido éste, contrapónese á la anarquía sistemática ó á la menor cantidad de gobierno posible de los revolucionarios ó de los políticos progresistas; ó lo que es igual, se halla la fórmula de armonizar la libertad con el orden.

De nada está más distanciado Cánovas, que de ese afán de inmoderada y constante reforma que aqueja á los liberales progresistas; y hé aquí la doctrina que á tal pro-

pósito asienta: "La política no es sino el arte de realizar en cada momento histórico aquella porción del ideal del hombre, que taxativamente permitan las circunstancias. Hay muchas cosas que quiero y deseo, y en las cuales creo, en la historia, pero que jamás como hombre político he de aplicar á mi país, sin experiencia y preparación anterior; que no porque en mi razón estén claras y vivas, podrían dejar de hacer de la patria un cadáver miserable en la realidad y en los hechos." Si difiere su procedimiento del de los partidos radicales que á más y mejor llevan á la práctica las teorías que se les vienen en mientes, no por eso se confunde tampoco con el de los viejos conservadores de la escuela latina, propensos á no transigir nunca con el espíritu de reforma, pues él es conservador á la inglesa: acepta las innovaciones que se imponen, aquellas que urgentes razones aconsejan y que la opinión pública reconoce y sanciona.

Siendo el positivismo materialista el radicalismo en Filosofía, imposible que dejara de prestar Cánovas del Castillo especial atención á un sistema que, al pretender asimilar de todo punto lo vital á lo mecáni-

co, establece la identidad de las ciencias morales y políticas con las naturales, y da por totalmente destruídos los tradicionales principios en que la Sociología descansaba: el espíritu, la razón, la ley moral, Dios, en fin.

Echando el positivismo en olvido sus primeros propósitos de hacer alto en lo incognocible ó de renunciar al conocimiento íntimo de las cosas, varió al fin de naturaleza, desde el momento en que, en el procedimiento científico añadió la hipótesis á la inducción, pretendiendo en lo de adelante, explicarlo todo por medio de esas mismas hipótesis. Por tal modo convirtióse en doctrina cosmológica, antropológica y sociológica, *apriorista*, exclusiva y dogmática.

Según tal doctrina, la sociedad y el hombre y el animal y la planta yla roca, sustancialmente son una misma cosa, son la materia, ó mejor, la fuerza que se actúa en el movimiento. La primitiva nebulosa, la materia difusa diferenciándose y *heterogeneizándose* por el movimiento, según la teoría de la evolución, trocóse en floras, faunas, hombres, instituciones, industria, comercio, ciencias, letras y artes; siendo idénticos, por

lo tanto, para el positivismo materialista, los fenómenos cosmológicos, biológicos y sociales.

Ahora bien, después de exponer nuestro autor concisa y fielmente la doctrina positivista, esgrime en contra de ella sus propias armas: la observación; y advierte que, para dar el evolucionismo por demostrada la identidad de los átomos moleculares con la vida vegetal, el organismo sensitivo y el racional, parte, no de un conocimiento verdaderamente científico, cual debiera, sino de la simple *hipótesis* de la actividad necesaria y espontánea de la sustancia que por interior é incógnito modo se desarrolla en el Universo. Y el hecho es, en el entretanto, que nada prueba que por su propia y exclusiva virtud produzcan átomos ni moléculas la más mínima manifestación de la vida. Nada indica que la vida vegetal ó la celular, se eleven por su propia virtud y desarrollo á la sensibilidad y mucho menos á la conciencia y á la razón. Esta doctrina de los más rigurosos partidarios de la observación y de la experiencia, no se afirma sino al modo que los más oscuros dogmas de las religiones, es

decir, por medio del arcano, del *apriorismo* y hasta de la fe, tan ridiculizada en las Teodiceas.

Valederas y admisibles, dice nuestro autor, son las hipótesis con tal que expliquen satisfactoriamente los hechos, y es el caso que las del evolucionismo no explican nada de lo relativo al sér social. En manera alguna puede explicar el ciego é inconsciente instinto con que los átomos se agrupan en las nebulosas, la ley moral que exige el bien por el bien, ni el Derecho natural que lo exige como condición indispensable de la vida práctica. En cambio, con la afirmación de Dios y el espíritu aun tomados como meras hipótesis, la ciencia social fácilmente es explicable. Así, sin la moral en la razón y en la ciencia, sin la moralidad en la voluntad y en la vida privada, sin el Derecho natural, raíz de todo derecho positivo y vínculo imprescindible de toda vida colectiva, no es concebible siquiera el estado social, y aun por eso no hay otra sociedad que la humana; todo lo cual no se funda más que en principios peculiares al espíritu.

El positivismo que tan arrogantemente

se lanza á despojar á la humanidad de ideas y creencias que son bienes de verdad, y que como nuevo propietario se entra por las puertas, debiera exhibir en su demanda títulos menos rebatibles que los que presenta, aunque no fuera más que por el beneficio de la posesión larguísima que ampara las antiguas máximas.

Briosamente defiende nuestro autor el libre albedrío ó la libertad en el hombre contra el *determinismo*, y contra el movimiento mecánico y ciego que el evolucionismo preconiza, la idea de progreso ó dirección consciente y deliberada hacia un fin; haciendo observar, de paso, que aquellos que más toman en boca los vocablos de libertad y de progreso como revolucionarios y demagogos, esos mismos niegan las ideas de libertad y progreso en sus sistemas filosóficos.

Reconociendo que la situación natural de las naciones, deséese para un porvenir remoto lo que se desee, es un estado de lucha, por medio de la diplomacia, de las armas, del mercado y de la producción, afirma que no es lícito para ellas, ni cabe aceptar, aquello de que las inferiores deban su-

cumbir ante las superiores, cual el evolucionismo pretende. "Si hay naciones más aventajadas que nosotros, dice, porque tienen mejores circunstancias de suelo, de fortuna; si hay naciones que tienen más poder que nosotros; si las hay más grandes y felices, con eso y todo hemos de vivir, y no podemos negarnos á la lucha inexorable de la vida; y hemos de vivir con aquel *egoísmo* que en el individuo, y en ocasiones, podrá no ser muy digno de alabanza, pero que es sublime en la nación, porque es lo mismo que el amor patrio." Estas alentadoras palabras opuestas al ciego fatalismo, ¡cuánto abren el corazón á la esperanza!...

Con la firmeza con que persigue á la idea radical para rebatirla y deshacerla, en el campo jurídico y filosófico, con esa misma inflexibilidad y el mismo propósito la busca en el criterio de la historia y hasta en la literatura y en el arte.

Personajes que en la historia de España tienen significación tan señalada como Fernando V de Aragón, Felipe II, Felipe IV y el conde-duque de Olivares, y que por haber gobernado valiéndose de la Inquisición ó sin el concurso de las Cortes, han si-

do blanco de la animadversión de las escuelas revolucionarias que á su placer los desfiguraron para mejor censurarlos; dánle materia á Cánovas para profundos estudios de historia y justicieras rectificaciones de erróneos juicios que pasaban por verdades inconcusas; y basándose en datos nuevos ó poco conocidos, (1) en testimonios fehacientes y sagaces observaciones, abrumadoras por su sensatez y cordura, rehace, por decirlo así, aquellas figuras históricas y las rehabilita ante la sana crítica, no sin poner de relieve la pasión con que fueron juzgadas y sin que pueda verse en sus apreciaciones el menor asomo de adhesión á la causa de la intolerancia ni del absolutismo monárquico. En breves términos, he aquí los por todo extremo interesantes juicios que sobre dichos personajes emite, y en que pueden considerarse resumidas sus rectificaciones.

Si el Rey Católico á propósito de Colón, ha sido visto con desdén y calificado

---

[1] Cánovas estudió detenidamente por espacio de varios años los archivos públicos de España, en especial el célebre de Simancas, y era, además, poseedor de ricas colecciones de documentos relativos á la historia de su nación.

con rigor por la tibieza que mostrara hacia la empresa del Genovés, no lo ha sido sin grave injusticia; pues no fuera el grande hombre de Estado que fué D. Fernando, ni mereciera el dictado de admirable político, si hubiese acogido desde luego con ciego entusiasmo al desconocido marino, que ofrecía problemáticos descubrimientos, y conquistas, no sobre el Mediterráneo donde la Casa de Aragón poseía importantes comarcas y donde su interés se cifraba, sino sobre el mar Atlántico, sólo tentador para la Corona de Castilla poseedora ya de las Islas Canarias. Eran, además, tan singulares y excesivas las demandas de Colón sobre que se le confiriesen á perpetuidad el cargo de Almirante de las escuadras y de gobernador de cuantas tierras descubriese, para él y su familia, constituyéndose por tal manera un gran feudo precisamente cuando el poder real vanagloriábase de haber destruído el feudalismo; que mucho fué que el Rey al fin cediese y asintiera á los deseos de la Reina y á las exigencias del marino. De nada más puede acusársele á D. Fernando, dice Cánovas, que de no haber mostrado por la empresa de Colón entusiasmo ciego, y los

hechos posteriores, en particular el mal gobierno del Almirante, diéronle, á la postre, razón plena.

Si Felipe II ha sido duramente acusado de intolerante, de haber emprendido guerras religiosas y de despotismo gubernamental, no constituyó él en todo ello una odiosa excepción cual se pretende, puesto caso que todos sus contemporáneos y contemporáneas fueron intolerantes, despóticos y emprendieron guerras de religión. El concepto de tolerancia no estaba aún formado en su siglo. Felipe II, en cambio, tuvo grandes aciertos como gobernante: logró la unidad nacional con la incorporación á España del reino portugués, contuvo el poder musulmán en Lepanto, aseguró los dominios españoles de Italia, dominó las cuestiones interiores de su reino, mantuvo los compromisos que heredó de su padre y luchó siempre con gloria contra Francia. Fué activo, pre visor de ordinario, enérgico y prudente; y sin ser un genio excepcional como Carlos Quinto, fué todavía un gran rey que supo mantener el brillo que en anteriores reinados había adquirido su nación.

Graves acusaciones se han acumulado,

asimismo, sobre Felipe IV y su ministro Olivares, y nada parecía tan cierto como que, por la incapacidad excepcional del Rey y su Ministro se desmembrase Portugal de España. De apego á la ociosidad, de ignorancia en los asuntos públicos, de afán inmoderado de goces, se ha acusado á Felipe IV; y de ineptitud, tiranía y vulgaridad á Olivares. Cánovas con fehacientes documentos deshace la leyenda.

Si Portugal se separó de España, debióse á dos circunstancias principales: la una, á haberse dejado en Portugal desde la época de su incorporación á España, á la familia Braganza, que aspiró constantemente á la corona del reino, gozando de las liberalidades que á la nobleza portuguesa otorgó Felipe II, no mostrándose en esto tan previsor como de costumbre; y la otra, á la falta de espíritu militar de que generalmente se resentía la nobleza española y aun el pueblo; falta que no permitió ni al Rey ni al Ministro, disponer de un ejército aguerrido cuando la ocasión lo quiso. La escasez de recursos con que siempre luchó España y la falta de suficiente cohesión en sus diversas provincias á causa de sus fueros po-

líticos y económicos, constituyeron otros obstáculos para que el Conde-Duque pudiese hacer frente á los azares de las armas.

Sin pretender disminuir ni un punto los defectos reales de los personajes que analiza, el natural vanaglorioso del Ministro, lo poco dado á contentarse con el parecer ajeno, su carácter irresoluto y puntilloso en extremo en lo referente al honor de España; y el afán de asistir el Rey con la menor ocasión á festejos, su lentitud en el resolver, su poca afición á las armas y su carencia de grandes arranques como se necesitaba—Cánovas del Castillo, al paso que demuestra que ni el uno ni el otro fueron hombres vulgares ni mucho menos, ni indiferentes por la suerte del Estado, distribuye las responsabilidades de los reveces nacionales con que se inició la decadencia de España, conforme á quienes las tuvieron. "Los pueblos, dice, deben saber que suele caberles bastante parte de culpa en los acontecimientos y conviene que abandonen el falso y perjudicial sistema de echar por entero la culpa á los gobernantes." La política general de Felipe IV y el Conde-Duque influyó, sin duda, en la mala fortuna de las ar-

mas y en la separación de Portugal, pero á ella contribuyeron circunstancias fortuitas y errores colectivos. Por lo demás, abundantes testimonios ofrece que demuestran cuán al cabo estuvo Felipe IV de los asuntos públicos y que comprueban además, su laboriosidad en lo referente á los negocios del Estado; y el mayor elogio que hace de Olivares es decir, que él fué el primer español de quien de cierto se sepa que abrazó en su mente y en su corazón sintió la plenitud del concepto de una España total é indisoluble.

Al modo que Cánovas del Castillo se manifiesta en religión católico sin distingos, pero también sin extremosidades; monárquico y no demócrata en política, y espiritualista en filosofía, mostróse idealista en literatura y en arte; contraponiendo con aliento y firmeza sus doctrinas al invasor empuje escéptico, demagógico, materialista y naturalista de nuestros días, é ingiriendo en el organismo viciado y amenazado de total corrupción el renuevo del germen de vida.

Por de contado que no es el realismo sano, el de los grandes pintores españoles el que rechaza, aquel, en fin, que para usar

la frase de D. Manuel de la Revilla, es al modo de un espejo de cualidad tan maravillosa, que devuelve transfigurada y embellecida la imagen que refleja. Nada tiene que ver este realismo con el de hoy, con el naturalismo militante que informado, como ciencia primera, de la fatalidad de la continua y eterna evolución de las cosas, se vale de artificiales personajes para demostrar tesis prácticas de filosofía positiva y "expone á nuestra vista el modo de vivir de aquellas gentes que andan por el mundo ahora, no sólo sin sol y sin flores, sino sin patria ni Dios, sin conciencia ni honor, sin razón ni libre albedrío." El naturalismo convencionalista que se propone recrear con las pasiones sin freno y con la pintura de hechos vulgarísimos y del todo repugnantes y aborrecibles, valiéndose de las fábulas novelescas principalmente, ese es el naturalismo reprobado por Cánovas y no otro.

Con referencia á la lectura de las novelas de tal escuela dice: "Lógrase no tanto divulgar el conocimiento teórico del mal (que por otra parte juzgo el menos útil de los deberes, pues nadie aprende á evitarlo por tal modo, y algunos pueden aprender á

ejecutarlo), cuanto producir, en los que ya lo conocen, y aun se lo tienen sabido de memoria, recuerdos provocativos, delectación dañina, excitaciones enfermizas y peligrosas. Ni con otro fin se prolongan tan sin medida, las jornadas del humano envilecimiento."

Estima que es propio de la literatura el estudio y representación de las costumbres y las pasiones humanas, y no pretende que tan sólo se describan las puras y cándidas y se mutile la verdad para mejorarla. Cuanto el mundo encierra participa del bien y el mal. Pero por lo mismo, niega la realidad del mal que sin mezcla alguna de bien se supone en las condiciones generales y normales de la vida. "Ni excluyo, dice, del arte lo deforme ó lo horrible, mas no sé qué hacerme con ello á solas. Si la pesigualdad entre el mal y el bien ha de ser grande, más quiero que el mal en razonable medida haga resaltar el bien, que no que éste sirva tan sólo para aumentar el vigor del colorido del mal. Pero lo que á todo prefiero es que uno y otro aparezcan, alternados ó confundidos, con igual proporción en el arte que se observa en la vi-

da, ni más ni menos. "No otro que ese era hasta aquí el realismo; tal sería un naturalismo de verdad."

Hace proceder el movimiento literario de que Zola es jefe, del viejo romanticismo que ya había tratado de afear la realidad misma con las caricaturas de la perversidad y con las horruras morales de la naturaleza humana. Víctor Hugo es, según Cánovas, el abuelo común del grupo de novelistas franceses que cultiva el naturalismo; y éste no es más que un romanticismo anticristiano y de inmoralidad grosera é impúdica. Eso no obstante, muy lejos está de reprobar por igual cuantas producciones brotaron á impulso del movimiento romántico, tal como lo hace con las obras del naturalismo, ni tampoco aquélla gran manifestación literaria que si es verdad que hubo de caer en extravíos y excesos, también lo es que renovó el olvidado sentido de las cosas de la Edad Media y amplió los horizontes del arte. Lo que condena son sus irregularidades, su desenfreno, el exclusivismo en que á su vez incurrió y el sacrificio que quiso hacer de las eternas reglas del buen gusto.

Para nuestro autor, el romanticismo, en que se hermanaron cosas tan contradictorias como la duda, la desesperación y la fe cristiana, el amor ó lo caballeresco y la rehabilitación de lo grosero y lo vulgar, fué propiamente una revolución. No significó otra cosa, sino la parte que le correspondía á la literatura en la rebelión general contra todo el modo de vivir anterior, que estalló en los últimos años del siglo XVIII. Románticos venían á ser todos los que se rebelaban contra la literatura de los últimos tiempos, que, aunque "criada en los pañales ilustres del Renacimiento, iba realmente estrechándose, amanerándose, haciéndose menos fecunda de día en día." Fué, en definitiva, el romanticismo, "una especie de alianza confusa de principios, sentimientos y aspiraciones, en todo discordes, menos en la rebeldía contra el estado de cosas literario inmediatamente anterior, ó sea contra el *antiguo régimen* literario." De ahí la importancia extrema que en la historia del romanticismo se ha dado después á Víctor Hugo, pues fué él, sin duda—asienta Cánovas—el que formuló más clara y exactamente que nadie el sentido de

la revolución literaria que encarnaba el romanticismo. "Su poesía es la revolución misma versificada, con el régimen del *Terror*, el espíritu socialista, el *utopismo* cándido, y todo cuanto distingue el período álgido de 1791 á 1793."

Y agrega nuestro autor lo siguiente que harta verdad encierra: "Lo cierto es que aquella revolución, de todos modos incruenta, lo propio que las de la política, de mucho mayor peligro por su parte, han dejado lo más de este mundo como estaba, cambiando antes la forma que el fondo, los nombres que las cosas: derogando justamente algunas malas ó medianas leyes, y sacudiendo el yugo de ciertos tiranos, antes débiles que perversos; pero sin poder sustraerse á los cánones, á los límites, á los principios de la razón que la naturaleza hace eternos."

En la admiración que consagra al sistema dramático de Lope de Vega aparece de manifiesto la inclinación idealista de Cánovas, y más todavía, en la resuelta preferencia que otorga á la escultura clásica sobre la pintura de todos los tiempos. De Lope de Vega afirma, que creó uno de los teatros más grandes que hayan existido ó puedan

existir jamás; y de Fidias, que cuanto puso en el cuerpo humano, existe positivamente en él; pero Dios no lo ha permitido ya ver más á hombre alguno.

Aun más explícito es cuando expresa que: "Nunca la reproducción de los modelos naturales subirá á la cumbre excelsa de lo bello. Otra es la vida que ha de tener el arte total y verdadero; una vida poética creada no ante lo artificial y rutinario, sino ante el *modelo vivo*, sin el cual nunca se despierta y surge la inspiración fecunda y cierta, ni descubre la fantasía todo el maravilloso poder de transformación y perfeccionamiento que latente guarda; pero creada en la razón, y para ella, no por y para los sentidos."

He ahí una completa teoría de arte. Diremos más: he ahí la única verdadera.

Si bien á primera vista pudiera pensarse que los estudios filosóficos, sociológicos y de derecho público de Cánovas del Castillo, por su asunto salen del marco de las obras literarias, como al propio tiempo revelan arte consumado, como afectan rigurosa forma artística, bajo tal concepto, constituyen género literario y no cabe dejar de

incluirlos entre las producciones de la literatura.

En todas las de nuestro autor, á la buena forma acompaña una dialéctica poderosa que acusa la dominante fuerza de la razón, propia de las obras de ciencia. Por punto general, las obras científicas se recienten de falta de belleza literaria ó si la tienen, no la extreman por cierto; y, á la inversa, el riguroso razonamiento no superabunda en los géneros literarios; pero en las producciones de Cánovas, ambas cualidades, la elegancia de la forma y la fuerza dialéctica van siempre unidas, constituyendo, por lo tanto, bajo tal concepto sus escritos, una especie peregrina. A la meditada concepción del plan, á su ordenamiento metódico, á la precisión y solidez de los conceptos, á la fuerza arrolladora del razonamiento, al rigor de las pruebas, se une la galanura de un lenguaje sobrio, conciso, enérgico, puro y numeroso.

El talento de Cánovas es por excelencia crítico; sus discursos, sus prólogos, sus disertaciones de historia, casi todo lo que salió de su pluma pertenece estrictamente á la crítica; pero su crítica no es simplemente negativa, no se limita á destruir; tras de las

tesis que impugna, los errores que refuta, los prejuicios que desvanece, surgen sus enseñanzas; sobre las ruinas de los sistemas contrarios, levanta el sólido edificio de sus propias doctrinas. No es hombre de sistema, ni de juicios preconcebidos; donde encuentra la verdad allí la toma ó la señala, esté donde estuviere. Cánovas, que es el buen sentido personificado, resulta, por lo mismo, ecléctico, como eclécticos son todos los sabios que aceptan los diversos descubrimientos de la ciencia no preocupándoles quien los hiciera. Su mérito no tanto estriba en ofrecer novedades cuanto en aplicar aquello que sin ser nuevo, ha de dar resultados benéficos. El mismo ha escrito con enérgica frase: "El eclecticismo inexorablemente palpita en cuantas soluciones plantea la vida práctica. Tan sólo se sustraen á él los soñadores." La originalidad de Cánovas del Castillo en gran parte no estriba sino en el buen juicio, patrimonio de muy pocos.

Dotado de poderosa inteligencia, de corazón grande, de gusto consumado; dueño de un riquísimo caudal de conocimientos y teniendo pleno señorío de la palabra, todos

estos grandes recursos los encamina á un fin: la conquista de la verdad para poner en posesión de ella á cuantos sinceramente la buscaren. Por su espíritu tolerante y abierto, por su moderación para con aquellos que difieren de sus ideas, comienza por atraerse nuestra simpatía y este es el primer grado de la insinuación. Su criterio despreocupado y sereno, es nueva garantía de su imparcialidad y con ello nos infunde mayor confianza. Su vasta ciencia, sus luminosos datos, su cautela al analizar los hechos y al apreciar las pruebas del adversario, nos dejan aún mejor impresionados y en disposición favorable de conocer su peculiar estrategia, que no es otra que atacar de frente, cara á cara al contrario, y descargar certero golpe, desde luego, en lo más resistente de la doctrina impugnada. Está bizarría suya, nos seduce y casi nos ha hecho ya sus adictos; pero al lado de la bizarría, viene la prudencia, pues no avanza un punto, ni aventura una opinión sin haber resuelto el antecedente y preparado nuestro ánimo. Su paso es lento, pero firme y seguro, y esto nos garantiza el acierto. Y al ver los golpes osados, la cerrada argumenta-

ción, las inesperadas sorpresas, las inspiraciones súbitas, los éxitos brillantes, y vencido y pulverizado el contrario, también nosotros estamos ya subyugados por su abrumadora palabra, y seguros de no ser llevados al precipicio, dejámonos conducir con ánimo tranquilo, acabando por aclamarle nuestro certero guía...

No poca semejanza ofrece Cánovas del Castillo con dos grandes escritores contemporáneos: Taine y Macaulay. Los tres cultivaron la crítica profunda y de alto vuelo; Taine y Cánovas la historia *psicológica*, éste y Macaulay la oratoria política de severas formas. Los tres fueron incansables lectores que atesoraron gran caudal de erudición. La solidez de los escritos, el vigor del pensamiento, el riguroso método, la originalidad de los puntos de vista, la feliz alianza del saber con la imaginación, es común en todos. Liberales fueron en el más amplio y el más bello sentido de la palabra y por igual sintieron la fuerza de la tradición. Taine es más poeta, Macaulay más disquisidor, Cánovas más orador y polemista. El primero es más brillante, el segundo más accesible é ingenuo, el último más levanta-

do. En Taine y Macaulay el buen juicio se sobrepone á sus preocupaciones de escuela, en Cánovas sus doctrinas y el buen juicio marchan paralelos. El uno seduce siempre aunque no siempre convenza, el otro enseña sin que se acepten todos sus asertos, la palabra de Cánovas nunca deja de ser subyugadora. Taine inspira admiración, respeto Macaulay, Cánovas adhesión entusiasta.

No obstante el relevante mérito de las obras del autor que nos ocupa, sin dificultad se comprende que no puedan unánimemente agradar, ya por lo encumbrado de los asuntos de que las más tratan, ya por la ortodoxia conservadora que campea en todas ellas, ya por estar proscrito de las mismas todo ornato de relumbrón y de bambolla, y ser, en cambio, cosa recóndita para muchos las íntimas y sólidas cualidades que las avaloran: la unidad en el plan, la armonía de las partes, el encadenamiento estricto de las ideas, el acierto en las transiciones, la solidez y profundidad de los pensamientos, la seguridad en el juicio, el gran dominio de la materia, la ausencia de todo lo superfluo, la elevación del tono, los giros atrevidos, las variadas elegancias de lenguaje. Todo

lo cual, por fuerza escapa á la apreciación del lector ignorante ó frívolo.

Existen en el arte dos clases de belleza: la una fácil y accesible á todos, la otra recóndita y oculta para muchos. Los ejemplos superabundan: el *Quijote*, la Alhambra de Granada, la estatua ecuestre de Carlos IV del gran Tolsa, etc., son obras fácilmente comprensibles para el vulgo, pues basta un mediano gusto ó una regular ilustración para admirarlas en conjunto, por más que parte de sus cualidades no puedan ser advertidas por ojos inexpertos. Pero, ¡á cuán pocos les es dado gustar la belleza suma de la Ilíada, del Parthenón ó de la Venus de Milo! Y los que de verdad aprecien obras más cercanas á nosotros, pero de análogo linaje, como el cuadro de las *Lanzas*, una romanza de Mendelsshon, la *Elegía á las Musas* de Moratín, por ejemplo, de cierto que deben de ser muy contados. Pues tal acontece con las producciones literarias del escritor de que tratamos, con referencia á las cuales bien puede decirse que muchos son los llamados.... Tratándose de Cánovas no caben los términos medios, porque ó no se le entiende del todo ó se le admira con en-

tusiasmo. El creciente interés con que se lee á medida que se le va conociendo y se le estudia, es prueba de su valer inconcuso. Hay obras cuya repetida lectura produce hastío, las de Cánovas agradan más mientras más se conocen.

Se ha dicho que su estilo es premioso. ¡Premioso quien tiene dominio absoluto en la palabra! ¡Premioso quien rige y gobierna el lenguaje con la seguridad y firmeza con que acertó á regir y gobernar á los hombres! Lo que hay es que cuanto salió de su pluma está cuidadosamente trabajado, cincelado, mejor diríamos, y que la novedad de sus giros y el atrevimiento de ellos, hacen embarazosa la lectura para el lector poco ducho. De ahí que parezca artificioso y difícil de leerse lo que tanto se aparta del lenguaje del vulgo. De fijo que los que tal asientan del estilo de Cánovas, aun ha de parecerles más premioso el de Melo ó el de Santa Teresa; pero, la verdad sea dicha, los premiosos son los que no pueden con la prosa levantada.

Por lo demás, el artificio de la prosa de Cánovas dista mucho de la afectación y el amaneramiento. La elevación de lengua-

je es cosa que le es connatural, pero que en manera alguna aparece en él reñida, ni con cierto tono familiar á las veces, ni con la soltura de expresión; y nada puede dar más clara muestra de ese justo medio en que estriba el verdadero arte que su Carta-Prólogo á la *Vida de la princesa de Eboli*, y el estudio "El solitario y su tiempo," obras igualmente distantes de la naturalidad pedestre como de la afectada nobleza.

Acertó nuestro autor á formarse un estilo suyo propio, inconfundible. La concisión, la sobriedad, el nervio y á veces hasta la dureza que no excluye por cierto, la cadencia, y el hipérbaton llevado á sus límites, son rasgos dominantes en dicho estilo. Sus cláusulas fuertemente ligadas parecen de acero. El castellano bajo su pluma pierde toda lánguida morbidez y toma algo de la viril dureza del idioma del Lacio. Su pluma es como punzón romano que hiende y modela cuando escribe. La gallarda posposición que en sus cláusulas se advierte, ya del sujeto, ya del verbo, ya de uno y de otro, interponiendo entre los mismos numerosos incisos, con lo cual queda en suspenso el sentido hasta la terminación del

período, tiene mucho de la elegante libertad y enlace de la sintaxis latina. No son ciertamente, constantes y uniformes tales posposiciones, pues si algo tiene su estilo es riqueza de formas y gran variedad de movimiento en los períodos. Concurren á la elegancia de su estilo, la precisión, las oportunas elipsis, el empleo frecuente de afijos, la atrevida anteposición de adjetivos á veces, la sobriedad en los epítetos y la exacta aplicación de ellos, el esquivar las frases hechas y, en una palabra, la gallardía de los giros.

Una prosa semejante demanda atenta lectura, mayormente si contiene como en el caso de que tratamos, en gran número los pensamientos; y esto explica que en ocasiones sea fatigosa aunque no cansada [distíngase bien] la continuada lectura del autor que nos ocupa. Nada ofrece, por otra parte, de censurable que conociéndose profundamente el castellano, se comentan los variadísimos giros de que es susceptible, tanto más plausibles cuanto más bellos sean y salgan más de la rutina. La prosa de Cánovas diga lo que quiera un gusto estrecho y rutinario, encierra peregrinas bellezas que á porfía denuncian el abolengo ilustre

del castellano viejo y de la lengua latina; sin que ello implique, en modo alguno, la afectación de lo arcaico, pues que con toda discreción sabe unir lo nuevo con lo viejo, el progreso con la tradición, debiéndose tener presente que nunca deja de ser liberal y conservador á un tiempo. Aplicables le son sus propias palabras, pues que de él puede con verdad decirse que "labró sus artículos en la piedra que no se deshace jamás, sino que cada día se endurece, hasta desafiar el tiempo, que es el estilo, y el estilo literario." Extrema es la variedad del suyo, porque unas veces adopta la entonación solemne y grandiosa, otras la animada y culta familiaridad, ya la impetuosa grandilocuencia retórica, ya la austera y sentenciosa gravedad, y siempre aparece lo proporcionado y armónico como rasgo distintivo de su estro. (1)

---

(1) El maleante escritor Clarín, bien conocido por su tendéncia á involucrar las cuestiones literarias con sus odios políticos y personal inquina, y que no se desdeña de rebajar la crítica al rebusque de descuidos de estilo de no gran importancia, desentendiéndose, al propio tiempo, del mérito real de muchas de las obras que caen bajo su férula; dió á la estampa en 1887, un folleto con el título *Cánovas y su tiempo*, lleno de truhanescas gracejadas y desco-

La belleza que en sus obras realiza, no es aquella de abultadas formas é intenso colorido que aparece en otros escritores más brillantes y ostentosos; sus descripciones, sus retratos, sus comparaciones, sus metáforas, la parte más ornamental de sus escritos, tiene algo de la delicada sobriedad de contornos, leves formas y fino claro-oscuro de un bajo relieve helénico; y hasta sus enumeraciones, que suelen tener más riqueza de color, jamás llegan á las fuertes y algo recargadas tonalidades castelarianas. Es, pues, más que colorista, un gran dibujante.

Genial propensión le lleva á tratar las complexas cuestiones que somete á su estudio, por manera sintética y comprensiva, abarcándolas en su conjunto desde elevado punto de vista y sin abatir la mirada á insignificantes pormenores. Diríase que ave-

---

nociendo de todo á todo el valer de Cánovas del Castillo. Formando contraste con el libelo de Clarín, escribió Campoamor una preciosísima semblanza de Cánovas tan breve como brillante y en la que, enalteciendo sus excepcionales méritos de todo linaje, le juzga como hombre de Estado, orador, filósofo, poeta y literato. Otros escritores de nota tales como Valera, Núñez de Arce, Fray Zeferino González, Pidal y Mon, etc., son también de parecer encontrado al de D. Leopoldo Alas.

zado á ejercer la autoridad y el poderío y hecho á ocupar los elevados puestos que el gobierno de los hombres demanda, desde donde contempla en sus múltiples manifestaciones los fenómenos sociales y el desarrollo de la vida pública á que imprime dirección y unidad, al estudiar las cuestiones del orden especulativo lo hace también desde la cumbre de los principios, abarcando sus dispersos elementos, coordinándolos, dándoles unidad, estableciendo las relaciones íntimas que entre sí les corresponden, condensando lo más esencial, eliminando, en fin, todo lo superfluo. Su talento es por excelencia sintético: gusta de lo general, de lo comprensivo, de las grandes líneas. Es un metafísico y grande, que jamás se olvida de la realidad. A depender de su elección, prefiere los temas generales y abstractos, pero los pone en relación con lo real y lo concreto; y si alguno de esta índole se le presenta, luego al punto, por llano que fuere, lo eleva y exime de toda vulgaridad conexionándolo con los principios fundamentales. Su ingreso en las Academias distínguese siempre por la sustentación de alguna tesis vasta y comprensi-

va: la sociología moderna y las leyes de la asociación, la libertad en las artes, los asuntos propios de las diversas artes; las peroraciones con que inaugura los cursos del Ateneo versan sobre los más levantados temas y que hacen referencia á la sociedad española: la primacía de las razas, el problema religioso y político, la libertad y el progreso, los conceptos de nacionalidad, de la democracia, de la opinión pública, etc. Cuando analiza las obras de algún escritor, no se limita á su simple examen, antes bien danle ocasión para estudiar los sucesos políticos y literarios que con ellas pueden tener algún enlace, como es de verse con las de Estévanez Calderón, cuya biografía crítica es á la vez estudio de su época; ó bien, á propósito de los autores que examina, se remonta á oportunas disquisiciones filosóficas, jurídicas ó literarias, lo cual tiene lugar en los estudios que consagra á Moreno Nieto, Revilla, Lista, Pacheco, Donoso Cortés, Alcalá Galiano, etc.

Excusado es decir cuánto se preste esa su facultad generalizadora para las introducciones críticas ó proemios de libros, y nada la comprueba tanto, como el magistral

prólogo que acompaña á la obra *Autores dramáticos contemporáneos;* el cual, no sólo toca puntos que se tratan en los estudios especiales de que cada pieza va precedida, sino que las abarca á todas con ser de tan diversos autores (versa sobre los caracteres comunes del teatro español), pudiendo decirse que es un prólogo de prólogos.

No se ha de pensar, por consiguiente, que cultivase Cánovas tal género por obra de las circunstancias, sino más que eso: por reunir especiales condiciones para trabajos de índole semejante. Y otro tanto cabe decir de sus extensos discursos académicos y de apertura del Ateneo.

La libre tribuna de aquel gran centro del saber, donde se dejan oír todas las opiniones por encontradas que sean, y alrededor de la cual se agrupan las más cultivadas inteligencias, sirvióle de adecuada cátedra para exponer ante el selecto auditorio que le escuchaba, y difundir, sus sanas y elevadas enseñanzas sobre los diversos órdenes del conocimiento. Revistiendo sus doctrinas carácter especulativo y siendo rigurosamente científicas, la propaganda de las mismas por medio del Ateneo, pudo

considerarse irreprochable, tanto como eficaz y apropiada. Los sofistas y los demagogos hallan su fácil auditorio en los concursos de los clubs y hasta en las turbas de las plazas públicas, la propaganda de Cánovas requería otros sitios y muy diverso auditorio: las Academias y los Ateneos y la sociedad de *élite* que ahí se congrega. No pudiendo ser comprendido bastantemente del vulgo á quien nunca halagó en sus intereses y pasiones, á diferencia de otros muchos talentos que sacrificaron la verdad y la dignidad para provocar los aplausos de ese mismo vulgo, y no necesitando tampoco merecer su aprobación inmediata, dirigíase á las clases directoras ó aquellos que estaban llamados á formar parte de ellas, y de quienes si no siempre podía ser aplaudido, siempre podía ser comprendido. Cánovas, generalmente hablando, no fué popular; para llegar á serlo alguna vez, fué menester que con ocasión de las últimas guerras coloniales, pudiese darse cuenta todo el mundo de la grandeza de su patriotismo, de la magnitud de su energía, de sus excepcionales dotes de gobernante.

Ilustrador insigne de la opinión públi-

ca y educador de su nación fué Cánovas. Propúsose como elevado objetivo que la sociedad sacudiera el yugo de los mil errores divulgados durante el último siglo especialmente, por las escuelas irreligiosas y demagógicas; propúsose contrarrestar, nulificar, el preponderante influjo de sofistas y pretorianos; propúsose restaurar el genuino modo de ser de su nación perturbado por mentidos y engañosos ideales; propúsose trocarla de nación anárquica, en país juicioso, laborioso y fecundo, y para ello valióse no sólo de la acción práctica de que disponen los gobiernos, sino juntamente de la enseñanza por medio de sus discursos y de sus libros. Apenas hay escrito suyo que no lleve fin educador; pero principalmente sus obras filosóficas y las de ciencia social y jurídica, y de las meramente literarias pocas, poquísimas serán aquellas que sean de mero entretenimiento. En este punto difiere de la generalidad de los hombres de letras.

Preeminente puesto ha de ocupar Cánovas del Castillo en el movimiento filosófico cristiano de nuestros días; y estriba especialmente su mérito á tal respecto, si

no en la iniciación de nuevos métodos ó de temerarias teorías, sí en la fiel exposición de las doctrinas filosóficas más en boga y en la consolidación firme de las buenas ideas.

Para él lo mismo que para Donoso Cortés y Proudhon, toda gran cuestión social y política entraña una teológica; de ahí que tanto encarezca la necesidad de la Teodicea á la que no vacila en proclamar la primera de las ciencias. Nada hay (son palabras suyas) que tan vivamente penetre en el entendimiento como la idea de Dios. Sin Dios distinto del mundo, no tiene explicación racional lo más digno de explicar en la tierra, que es el hombre. "Por la idea de Dios ha de comenzar todo verdadero positivismo, y comenzará cualquier filosofía, que, sinceramente enamorada de la realidad, no se pague de sombras ó fantasmas; que observe más que imagine; que bien que arranque sólo de los hechos patentes ó demostrados, ni olvide ninguno de ellos ni menos prescinda con culpable premeditación de los mayores." Y en otra parte agrega: "La religión quiéranlo ó no los sabios es hoy, cual siempre, irreemplazable en la sociedad; y el catolicismo aun racionalmente conside-

rado, uno de los más grandes intereses del género humano. Más propio de filósofos y de políticos, es reconocer hechos patentes y de tal tamaño que no negarlos con saña pueril.''

Su filosofía, bien que llegue á conclusiones del todo armónicas con el cristianismo, parte de la razón, no de la fe; fúndase en el solo conocimiento racional y no apela á otros testimonios sino á aquellos que pueden tener fuerza ante la discusión racionalista; no faltando, por lo mismo, quien de tal le calificara entre los *ultras* de la derecha, aunque no sin notoria inexactitud é injusticia palmaria. Para tales exagerados, todo aquel que no parte de la fe ciega es del campo enemigo y sus doctrinas débense tener poco menos que por cosa vitanda; como si la razón, según la frase de un escritor insigne, tuviese firmado pacto con el error y no pudiera elevarse por su actividad propia á la comprensión más ó menos íntegra y clara de la verdad.

Proscrito como está de sus discursos filosóficos todo formalismo de estrechas miras, todo dogmatismo impositivo y tiránico, y visto el tono de generosa tolerancia que cam

pea en ellos, no pueden menos de aparecérsenos por extremo simpáticos é insinuantes. Tratándose de Cánovas del Castillo no tiene aplicación aquello de que las cosas caen del lado á que se inclinan, pues con ser como el que más adicto á la causa religiosa, jamás incurre en extremo alguno. En todo sabe guardar el justo equilibrio.

Digno es de notarse que á buen número de los polemistas de la escuela que se tiene por más católica, parece perseguirles como fatal sino el espíritu de intolerancia y la estrechez de criterio, formando contraste con la nobleza de lo propugnado por ellos, lo poco simpático de su procedimiento apologético. El celo excesivo en la materia religiosa, que hartas veces es más convencional que sincero, y el mezclarla en toda clase de cuestiones, los hace aparecer, valga la vulgaridad, empalagosos. Pudiera provenir tal achaque de que en el hombre aun poseyendo la verdad, siempre ha de marcarse de alguna manera el error, y que el engreimiento que produce la conciencia de estar en posesión de aquélla, es causa de que se muestre exclusivista é intolerante á las veces. El poseer la verdad es á manera de una

victoria, y bien sabido es que tanto como conseguir ésta es difícil saber usar de ella; pero es el caso que, si Cánovas en medio de sus grandes éxitos políticos constantemente supo reportarse, menos había de desmentir su proverbial moderación en la controversia científica. Buen ejemplo es él de que para contender en pro de la buena causa no es necesario acudir ni á la intolerancia ni á la violencia.

Todas y cada una de las excepcionales dotes de Cánovas concurren á hacer de él un gran crítico. Su sagacidad, su criterio despreocupado, su espíritu justiciero, su exquisito buen gusto, la gran diversidad de sus conocimientos, su facilidad suma lo mismo para el análisis más sutil que para la síntesis más comprensiva, su diligencia investigadora, la seriedad de su ciencia, su viva imaginacion, en fin. Por eso hemos dicho que su talento es por excelencia crítico, y todas sus obras lo mismo de filosofía que de derecho público, de historia ó de literatura, corresponden á la crítica, aunque la suya no sea la corriente. La que generalmente se estila, contráese con más especialidad ya á la literatura, ya á las demás artes, y es ante todo externa,

por decirlo así, técnica; refiérese á las bellezas ó defectos de las obras conforme á los códigos preceptivos de cada una de las artes; al paso que la crítica de nuestro autor si, de una parte, se aplica á muy diversas materias como filosofía, ciencia social y política, historia, literatura y arte, todas las cuales las relaciona entre sí, de otra, no se encadena á lo meramente formal, sino que toca más á lo sustancial é interno. Además, su crítica propiamente literaria ó artística se refiere más que á las obras determinadas, á los autores de ellas; y estudia, antes las escuelas ó sistemas en general que sus manifestaciones concretas. Prefiere siempre las grandes líneas y las cuestiones elevadas, sin que ello obste para que en determinados casos lleve á punto extremo el análisis. Y para él la obra de arte tanto como manifestación de la belleza, es fenómeno artístico para cuyo análisis han de tomarse en cuenta los diversos elementos que lo constituyen y concurrieron á su producción: las ideas reinantes, las costumbres públicas y privadas, los sucesos políticos, etc. Así es cómo explica la aparición, desarrollo, naturaleza, extinción

y nueva aparición del sistema dramático de Lope de Vega durante sucesivas generaciones. Entendida por tal manera la crítica, reviste suma alteza. Diríase que sin faltar á sus principios aplica el método positivo; esto es, lo aceptable de tal sistema.

Su procedimiento para dar á conocer á un autor consiste en presentarlo á través de sus obras y en descubrir las interioridades de su espíritu por medio de aquéllas mismas. No es otra la manera como nos muestra á Estévanez Calderón, á Moreno Nieto, á Manuel de la Revilla. Su crítica como su historia, podemos llamarla psicológica, pues que nos pone en comunicación con el alma de los autores y de las épocas. Siempre nos descubre algo que nadie nos había mostrado y se entra por caminos inexplorados ó poco conocidos. Claros, netos, breves y luminosos son sus juicios; sus observaciones tan inesperadas y brillantes como fundadas y exactas. Penetra en el corazón de las cuestiones y nos cautiva con la firmeza de sus principios. Ni le ofusca para ver la verdad el cariño del amigo, ni le ciegan las divergencias del adversario, ni su preferencia por un género determinado de obras ha-

ce que deje de reconocer el mérito que pueda existir en las de otras escuelas. De su correligionario y amigo Moreno Nieto no se le ocultan las contradicciones, y no deja de descubrir en el positivista y republicano Revilla un natural amante, tierno y bondadoso, contra el sentir general. Su resuelta preferencia por la estatuaria clásica, (1) no

[1] La gran predilección que el Sr. Cánovas sentía por la escultura antigua, llevóle á fundar el *Museo de reproducciones artísticas* de Madrid, en el cual se conservan reproducciones en yeso de los originales de la escultura griega y romana, existentes en los principales museos de Europa.

Entre otras grandes empresas artísticas iniciadas ó impulsadas por él, merecen especial mención, el decorado de la iglesia de San Francisco el Grande de Madrid, verdadero museo del arte religioso contemporáneo; decorado en que tomaron parte pintores como Casado del Alisal, Plasencia, Muñoz de Grain, Moreno Carbonero, Ferrant y Domínguez, y escultores y tallistas como Suñol, Benlliure, Valmitjana, Rosado, Varela, etc.; así como la reconstrucción artística del Alcázar de Toledo, desgraciadamente vuelto á destruir en gran parte por un incendio de fecha reciente. Debiósele también la restauración del Monasterio de la Rábida.

En su señorial residencia de la *Huerta,* logró reunir gran número de preciosidades de arte: cuadros, estatuas y obras de cerámica, armas antiguas, tapices y porcelanas, medallas, grabados y reproducciones fotográficas de los monumentos más notables de Europa, etc. Entre las reliquias históricas que el Sr. Cánovas poseía, cuéntase una espada de Napoleón y un trofeo de armas marroquíes.

empece que estime el mérito de la escultura religiosa en madera y colorida; y así como consagra su admiración al sistema dramático de Lope de Vega, no por eso tiene en poco la tragedia de Racine y Corneille y la comedia de Moliere y Moratín. Las Venus paganas como las vírgenes de Murillo, inspiradas en ideales tan diversos, tienen merecido lugar en el arte, lo propio que la Ilíada y la Divina Comedia. Por eso pide que no se pongan trabas de escuela á la fantasía del artista, y por eso proclama *la libertad en las artes.*

"Evocador sin segundo de las palpitaciones de la vida y de los relieves de la realidad sobre los yertos pergaminos en que duerme empolvada la historia," apellidó á Cánovas Pidal y Mon con exacta y elocuente palabra; (1) y en efecto, él arrancó á los olvidados documentos de los archivos de España sus preciados secretos; él, sagaz y fiel intérprete de los mismos, enriqueció con no conocidas verdades la historia patria, rectificó capitales errores, desvirtuó in-

[1] Discurso leído en la inauguración del nuevo edificio de la Real Academia Española, el 1°. de Abril de 1894.

justas acusaciones, rehizo períodos enteros de la historia, reconstituyó importantes personajes de ella, y con su admirable intuición de los tiempos nos hizo conocer el espíritu de otras edades.

Los errores admitidos en que hubo de incurrir al escribir, mozo aún, la *Historia de la Decadencia de España*, continuando la obra de los padres Mariana y Miñana, trabajo el suyo de mera recopilación, empeñaron su conciencia y probidad para hacer por cuenta propia directas y continuadas investigaciones que han derramado gran luz sobre los hechos. Los copiosos datos que presenta depurados en el crisol de su recto y severo criterio son tan luminosos como decisivos.

No es una historia completa de algún período más ó menos grande, lo que nos ofrece en la mayor parte de sus trabajos de aquella índole, sino que son propiamente disertaciones *críticas* sobre determinados puntos de la historia de España, aplicando la filosofía y la ciencia política; y versan de preferencia sobre puntos que se refieren al período de la decadencia de España, dándonos la razón de ello el autor en estas gra-

ves palabras: "Raras veces dejan de inquirir con esmero los historiadores, las circunstancias de los hechos, y las calidades de los hombres que dan gloria á las naciones, esperando, sin duda, que esta conmemoración de la virtud pasada aproveche á las gentes que viven y á las venideras. No es, con todo, el estudio de los hechos y de los hombres afortunados el que mayor utilidad trae á las naciones, ni el más digno del cuidado de la historia. Mucho más que la prosperidad *enseña la desgracia*, lo mismo á una Nación que á un individuo." No hay que olvidar que eso es lo que ante todo busca Cánovas, la enseñanza. Más adelante agrega: "Si la memoria de las pasadas grandezas vale para confortar los ánimos desalentados y levantar los pensamientos á esferas más encumbradas que nuestro patriotismo divisa actualmente, los reveses y los infortunios históricos pueden servir para más, que es para enseñar á evitarlos."

En cuanto á su procedimiento él mismo nos lo da á conocer en los siguientes términos: "Para lograr el fin propuesto ha querido el autor que con frecuencia hablen de por sí los numerosos textos en que se apo-

ya, ora inéditos, ora impresos ó poco conocidos, más bien que limitarse á contar lo que dicen ó quieren decir, poniendo algo ó mucho de su parte para explicar el sentido y valor de los testimonios que ofrece." Con todo, abundan en los *Estudios del reinado de Felipe IV*, á los que con particularidad nos venimos refiriendo, las más sagaces observaciones del autor.

Cierto es que, como queda dicho, no constituyen tales trabajos la historia completa de un período más ó menos extenso, ni están escritos precisamente en la forma que obras semejantes requieren; pero sí resumen preciosas investigaciones de primera mano, harto difíciles de llevar á cabo, y, sobre todo, contienen los juicios de un gran político sobre sucesos y personajes políticos. No han de faltar autores que escriban con mayor ó menor arte la historia con datos ya conocidos; pero han de escasear seguramente investigadores de la talla de Cánovas del Castillo. Considérese, por otra parte, el interés sumo que ofrecerían aquellas obras que contuvieran comentarios de César, pongamos por caso, sobre Aníbal, de Napoleón sobre Carlo Magno, de Pitt acerca

de Talleyrand; pues justamente un interés análogo y muy gustosa rareza, presentan los juicios del gran estadista español relativos á gobernantes antecesores suyos, como Felipe II, Felipe IV y Olivares; y bajo este respecto, el valor de sus obras históricas es inestimable.

Dadas las particulares dotes de Cánovas, en nada resplandece más su talento que en aquel género que llamaremos histórico-literario, en el cual se adunan sus conocimientos en historia con las galas de la literatura, y al que corresponden la Carta-Prólogo de la *Princesa de Eboli*; *El Solitario y su tiempo*, el Prólogo á los *Autores dramáticos contemporáneos* y el Discurso acerca de las personas que intervinieron en el descubrimiento de América. En los tales trabajos se ostentan en todo su poderío sus excepcionales facultades de crítico levantado y su vario y profundo saber. Sus vastos conocimientos en filosofía, en historia, en ciencia política y en bellas letras, reúnense en admirable conjunción para producir cuatro de las más hermosas creaciones de la literatura contemporánea.

En el primero de dichos trabajos, con

ocasión de tratar de los discutidos amores del Rey prudente con la Princesa de Eboli, dibuja á grandes trazos de un vigor extraordinario, la figura de aquel Rey y la de Carlos V, elevándose, al propio tiempo, á estudiar las causas de la grandeza y poderío españoles. Expone la idea con anterioridad emitida por él, de que el alto puesto que ocupó España entre las naciones durante el gobierno de aquéllos dos grandes monarcas, tuvo por fundamento, no las condiciones naturales de dicho reino, sino el vigor de sus habitantes. "Mal que pese á tantos como han sostenido lo contrario—escribe—lo que entre nosotros vale más no es la tierra sino el hombre. Y aunque por paradoja lo tengan todavía algunos, no hay más remedio que considerar nuestras conquistas, tal y cual las he considerado yo siempre, es á saber, como aventuras gloriosas, llevadas á cabo por puñados de hombres sin fortuna y sin miedo." En la misma obra leénse estas otras importantes palabras suyas á propósito de Felipe II, en que Cánovas nos muestra su ideal político: "La causa del absolutismo monárquico y de la intolerancia no es ciertamente la mía; antes bien ten-

go gastado en reñir con ella lo más, sin duda, y lo mejor de mi vida...... La tolerancia, el espíritu de concordia, son ahora mi tema en este mundo; y ningún hombre intolerante pasado ó presente puede ser mi ideal...... Pienso yo, y mucho tiempo ha predico y propalo, que nada hay tan funesto para España como lo que en ella queda aún de espíritu aventurero, intolerante, temerario; semejante en suma, al que inspiró nuestra política en los días de Felipe II y de su padre. Pienso asimismo que hay que volver resueltamente las espaldas á aquel antiguo ideal, á aquellas antiguas vanidades, á aquel antiguo sistema de procedimientos políticos, y emprender senderos totalmente diferentes, adoptando principios, no tan sólo acomodados á las ideas y circunstancias de nuestro siglo, sino más en relación también con nuestras reales fuerzas, nuestros intereses verdaderos y nuestro propio y racional destino. *Pero la verdadera tolerancia en eso resplandece, en juzgar imparcialmente á los intolerantes mismos cuando llega el caso.*"

La originalidad y profundidad de los juicios compiten en el Prólogo referido con

el desenfado y galanura de la forma. Es una obra magistral en todas sus partes.

Fruto de nobilísimo sentimiento, de la gratitud que ligó á Cánovas del Castillo con Estévanez Calderón, deudo, maestro y protector suyo, y "la única persona de este mundo á quien debió auxilios y protección," como él mismo lo dice—fué el estudio que le consagró bajo el título *El Solitario y su tiempo* destinado á servir de introducción á las obras del escritor referido. Dicho estudio rebosante de amenidad y lleno de pensamientos de los más diversos órdenes, ofrece el doble interés de referirse á un escritor de nota y de dar á conocer las opiniones de Cánovas acerca de los principales acontecimientos públicos que se sucedieron en España durante la primera mitad del siglo.

Por uno de los mayores aciertos literarios de Cánovas del Castillo en que su talento rayó á extraodinaria altura, debe tenerse su trabajo sobre el teatro español, profundo estudio de crítica que por completo se aparta de los caminos trillados. Investígase en él el origen de la innovación dramática de Lope y la naturaleza del ideal poético que le inspirara; del sentimiento

caballeresco, de aquel culto del honor y del amor que informó á la nación de Carlos V y de Felipe II, por esencia teológica, espiritualista y verdaderamente heroica, en que "como hidalgo solía pensar y obrar el Rey, y obraba y pensaba el hidalgo cual si fuera Rey, en todas ó las más de las ocasiones." Demuestra que tal sentimiento ejerció en todo tiempo influjo poderoso sobre el genuino pueblo español, aun en las épocas en que parecía más divorciado de él á causa del cambio de costumbres por influjo de las de Francia, introducidas á España con la Casa de Borbón; de las doctrinas filosóficas y sociales de aquel país y del preceptismo pseudoclásico; constituyendo dicho ideal poético como el alma no perecedera de la nación española. Así se explica que cuando parecía del todo abandonado, á principios del presente siglo reapareciera é hiciera brillante explosión con los dramas de la escuela romántica.

Digno es de admirar, cómo sigue nuestro autor el hilo de oro del elemento dramático de Lope á través de siglos, de generaciones, de cambios de costumbres y mudanzas de gustos, sin perderle ni un punto de vista; y cómo lo va señalando primero en

la vida real, después en el teatro, más tarde refugiándose en el pueblo bajo, respetado generalmente por la crítica nacional más adversa y siempre, manifiesto ó latente, vivo en el gusto del público español. El examen es documentado, escrupuloso, detenido, con investigación nueva y propia y datos preciosísimos. En fin, el Prólogo general del hermoso libro de D. Pedro Novo y Colson es de aquellos que hacen época en los anales literarios. [1]

Si alguna vez la palabra se identificó con lo grave del pensamiento y lo severo del raciocinio, si se ajustó á la grandeza del asunto por medio de ella celebrado, si el castellano revistió excepcional elevación, nobleza y majestad, fué, seguramente, en el grandioso discurso con que Cánovas del Castillo inauguró las conferencias ateneístas en celebración del Centenario del descubrimiento de América. No otro habría sido el lenguaje que á vivir en nuestros días, hubieran hablado hombres tales como Fernando de Aragón, el gran Cisneros ó Carlos V. ¡Qué

(1) Tradújose al francés recientemente publicado.

firmeza de juicio, qué alteza sin soberbia, qué pompa sin hinchazón! En verdad que para expresarse por tal manera, era menester no sólo ser un sabio, sino eso y más: un gobernante y un gobernante afortunado. Cánovas, recogía después de los años los frutos de su fecunda labor política; dilatado había la paz, cimentado el orden, la prosperidad sonreía á su nación, ésta se encontraba restaurada y rehecha, feliz casi y estimada por la Europa culta; hallábase en vísperas de celebrar aquel suceso único en la historia en que, merced á la magnanimidad de una princesa de Castilla, había sido encontrado un mundo; convocados estaban todos los pueblos de la gran familia hispana para asociarse con la procreadora de sus nacionalidades á celebrar aquel hecho sin par y de cuya gloria eran todos copartícipes; presidía él mismo los destinos del mismo pueblo que ayudara y completara la empresa de Colón; iba á reivindicar honores para su pueblo y á rechazar las injustas acusaciones de cuatro siglos que la preocupación, la ignorancia y la pasión habían acumulado sobre España. En tales circunstancias encontróse Cánovas en el elevado puesto que

correspondía al sabio y al gobernante, al historiador y al literato; y estuvo á la altura de su grandiosa representación y arduo empeño. La conferencia inaugural acerca del *Criterio histórico con que las distintas personas que en el descubrimiento de América intervinieron, han sido después juzgadas,* reune en sus breves páginas á la ciencia histórica más profunda el más encumbrado lenguaje. (1)

Figuran en la colección de sus obras algunos discursos parlamentarios, por la lectura de los cuales y aun sin oír la voz, ni ver los ademanes del orador, ni presenciar los debates en que se pronunciaron, todavía puede apreciarse lo que fuera aquella su celebrada avasalladora elocuencia en que compitió con los próceres de la tribuna española sin rival en el mundo, Ríos Rosas, Olózaga, Martos, Castelar. No era el hala-

---

(1) Dignos son también de recordación, los discursos pronunciados por el Sr. Cánovas en las sesiones inaugurales ó de clausura, de los congresos de americanistas, geográfico, mercantil, jurídico y literario, celebrados en Madrid con ocasión del Centenario; discursos en que dió, ante los delegados extranjeros, gallarda muestra de su vasto y enciclopédico saber el que era, á la vez que jefe del gobierno español, alma de las memorables fiestas colombinas.

go de la fantasía ni el acaloramiento del ánimo el principal objetivo de la oratoria de Cánovas, sino la persuación mediante el razonamiento contundente y la poderosa dialéctica. La musa que le inspira si de noble semblante y bellas formas, es de severo continente. Con ser gran artista de la palabra, no se propone deleitar por medio de ella, sino convencer; no es retórico sino hombre de gobierno, y quien dispone de la clava de Hércules no apela á los filtros de Circe. Por algo se dijo siempre "la varonil elocuencia de Cánovas."

De los discursos á que hemos aludido, los más sobresalientes son á no dudar, los que pronunció en el año de 1871 en el Congreso español, con ocasión de los debates sobre la sociedad comunista *La Internacional* que tanta resonancia alcanzaron, habiendo contendido en aquella gran liza de la elocuencia en que se hallaron representadas las más diversas doctrinas políticas, los oradores más notables de España. Mostróse en aquel punto Cánovas del Castillo al resumir los debates y en su réplica á los liberales avanzados Castelar, Salmerón, Pí y Margall y Rodríguez, jurista consumado, hom-

bre gubernamental, defensor resuelto de los intereses sociales y orador elocuentísimo. No es fácilmente concebible que pueda alcanzar mayor poderío la palabra humana; y quien lo dude, lea y admire tan maravillosos discursos.

Como hombre profundamente gubernamental que mide todo el alcance que en sí tiene esa temerosa secta, amenaza constante de la sociedad europea, llamada *socialismo*, atentatoria á un tiempo de la autoridad, de la propiedad, de la familia, y que tan estrechamente se relaciona con la cuestión obrera, repetidas veces trata de ella en sus discursos, señalando el grave peligro que para la sociedad entraña la corriente invasora de la democracia pura, que no retrocede ante la espectativa de convertir en legislador al proletariado miserable y comunista. Y si bien para Cánovas los graves conflictos entre el capital y el trabajo hallarían fácil solución en aquella doctrina que dice al pobre: "No codicies siquiera los bienes ajenos," y al rico: "Vende cuanto tienes y dalo á los pobres," como tales consejos no se generalizan cuanto debieran en la vida práctica, quiere que las potestades civiles acudan

á las justas demandas del proletario, mas á la vez pide que el Estado á todo trance combata y reprima con mano firme, los quiméricos propósitos de ese mismo proletariado de subvertir el orden social.

Alguna atención consagró nuestro insigne hombre de letras á la versificación, y en un tomo de la *Colección de Escritores Castellanos*, se contienen sus obras poéticas; composiciones del género lírico y amatorias en su mayor parte. Son versos *vividos*, responden á emociones reales de la vida, aunque transfiguradas, y no á la pura invención poética. El mismo nos lo dice: "La poesía no me sirvió sino para dar suelta á aquellas particulares expansiones del alma, que en ninguna de sus formas está destinada la oratoria á expresar. Mis opiniones, como todos mis sentimientos, por lo que toca á la religión, á la ciencia, á la historia, á las artes, donde quiera se pueden buscar, por eso mismo, menos en mis composiciones poéticas. En cambio mis deseos, mis dolores, las esperanzas, los desengaños de *mi vida particular*, suelen encontrarse expuestos en mis versos." Hombre práctico en grado sumo, su magna labor intelectual tra-

dújose en la gran mayoría de los casos, en trabajos mucho más serios que el cultivo de las musas; y sin embargo de haber en sus obras poéticas calor, energía y sentimiento, y de no escasear en ellas los pensamientos bellos, delicados é ingeniosos, nunca las tuvo en grande estima. Como documentos para conocer con cierta intimidad al personaje y saber además, cómo se las hubo con *el eterno femenino*, sin el cual, como él mismo lo dice, nunca, en ninguna edad, la vida humana está entera—tales versos tienen un valor inapreciable. (1)

---

[1] Tan discutida como los versos de Cánovas lo ha sido su novela histórica *La Campana de Huesca*. Con todo, no puede desconocerse que dichas obras, con ser fruto de los años juveniles de su autor, encierran á vueltas de algunas imperfecciones, manifiestas bellezas. El talento de Cánovas en todo dejaba honda huella, aun en aquello mismo que á primera vista pudiera tenerse por más opuesto á su particular índole é ingenio, siendo para él hacedero cuanto se proponía. Ninguna composición poética habrá más espontánea, fácil y delicada que su cantar *La Doncella sin amor* que tanto se ha popularizado; especie de pensamiento de Haydn, variado, no con las combinaciones de la armonía musical, sino con las de la métrica y la rima; y pocas evocaciones habrá más verdaderas del espíritu de una época y de las costumbres, sentimientos y caracteres legendarios, como su novela histórica ó crónica romancesca del siglo XII.

Fué grandemente aficionado al trato de las damas, viendo en la mujer no sólo un objeto de placeres y de fútil entretenimiento, sino el noble complemento de la vida. Su extremada cultura, trato galante y agudeza de ingenio, diéronle gran ascendiente sobre las damas más aristocráticas, de quienes supo valerse cuando lo demandó la ocasión, para mejor influir en la vida pública. Y lo mismo que en el escenario político, brilló en la tertulia íntima ó en los salones del gran mundo, donde derrochaba aquellas agudezas y donaires que le dieron fama de conversador cultísimo, divertido y ameno, y que muestran una de las faces más curiosas de su privilegiado talento. (1)

[1] No resistimos á la tentación de dar á conocer algunas de esas epigramáticas agudezas sorprendidas en la conversación y rápidamente divulgadas por amigos y familiares suyos:

Elogiábase en cierta ocasión delante de él el saber y la inteligencia de un conservador, filósofo hegeliano y escritor conocido. El Sr. Cánovas, no pudiendo llevar con paciencia la alabanza, exclamó de pronto:

—No, señor, no hay tal cosa; ese F... no es más que un tonto adulterado por el estudio.

Otra vez se hablaba de las razones ó faltas de razón de los disidentes que siguieron en su cisma al Sr Romero Robledo, y refiriéndose á un escritor humorístico y diputado, dijo uno de los presentes:

No tan sólo el eminente saber y excepcional talento de Cánovas del Castillo explican el señalado puesto que hubo de ocupar entre sus contemporáneos, sino su grandeza moral y altas prendas de carácter; prendas tales, que rara vez se ven reunidas en un hombre y que junto con su potencia intelectual, dan la razón cumplida de que se le designara con el mote, en apariencia depresivo y en realidad encomiástico, de *El monstruo*, pues que apareció extraordinario en to-

—Cuéntase, D. Antonio, que G... se ha separado de vd. porque no le hizo vd. noble.

—¿Tan mal le ha ido de villano?—respondió al punto Cánovas.

—Vamos—le decía en cierta ocasión una Condesa de agudo ingenio,—ya hemos visto en *La Gaceta* el ascenso de su pariente.

—Señora, el ser pariente mío le ha perjudicado en su carrera. Pero aunque lo ascendiera, ¿qué haría con ascenderlo? Menos de lo que hizo Jesucristo, que fué hacer santos á todos los individuos de su familia, San Joaquín, Santa Ana, San José, San Juan, Santiago.... Y no le dejaron citar más santos.

—Don Antonio, le decía cierta Marquesa—mucha pena me da molestarle. Estará vd. harto de nosotras.

—No, señora; yo no me enfado por lo que las señoras me piden, sino por lo que me niegan.

A propósito de la manera de analizar y exponer una ley, decíale una vez Castelar:

dás líneas. Fué bondadoso y magnánimo á la vez que altivo y enérgico, caballeroso y galante é imperioso é inflexible; sencillo en las relaciones íntimas y autoritario en las cosas de gobierno; con sus amigos y en el hogar tierno [1] é implacable con los enemigos del orden, y ¡ay del político de su hueste que se le insubordinara! Su férrea voluntad fué proverbial, así como su espíri-

—Ten entendido que nuestros abogados más notables, algunos de tu propio partido, no están conformes con semejante interpretación del Código. Y contestóle Cánovas.

—¿Y qué importa? Los abogados de nota saben bien el derecho civil, que es el de los ricos, pero no saben el derecho penal que es el derecho de los pobres.

—¿Qué piensa vd.—le preguntaron una vez—de tal ministro (por las señas muy parecido á Sagasta), á quien constantemente le llevan á remolque las circunstancias y le sorprenden los acontecimientos?

—Que trabaja bien en la oposición, pero cuando llega al poder se retira á la vida privada.

De él es finalmente, el conocido epigrama que hace alusión al espíritu vanidoso de Castelar:

Este Emilio—decía—es insoportable: cuando va á un entierro quisiera ser el muerto, y cuando asiste á una boda quisiera ser la novia.

(1) Fué por dos veces casado, la primera con Dª. María de la Concepción Espinosa de los Monteros, muerta en la flor de la juventud; y la segunda

tu paciente y laboriosidad suma, y nadie le superó en el fiel cumplimiento del deber. Favoreció al menesteroso é impulsó el mérito donde quiera que lo hubo. Y sin incurrir nunca en bajeza con la masa plebeya como tantos otros lo han hecho adulándola, jamás olvidó que de ella había ascendido hasta los primeros puestos públicos, y he aquí cómo se expresa á tal propósito: "Bien que no halague los intereses y pasiones de la muchedumbre, no son menores en mí que en ningún otro, así el deseo de su bienestar como el respeto á sus derechos naturales. Al fin y al cabo, *no vengo yo sino de ella*, y cuanto sea ó pueda ser débolo como quien más al trabajo." (1) No rindió parias al éxito, y

---

con Dª. Joaquina Osma, hoy duquesa de Cánovas del Castillo, señora distinguidísima y que cuando la trágica muerte del gran estadista atrajo sobre sí la atención por su fortaleza de ánimo. Aun se recuerdan sus nobles palabras de perdón para el infame asesino, y recientemente ha dado nuevas muestras de la excelencia de su alma fundando en Santa Agueda, lugar del crimen, un hospital para dementes.

[1] El que hizo á muchos, duques, condes y marqueses, contentóse con llamarse Antonio Cánovas del Castillo á secas. En cambio, gustaba de los títulos académicos y honoríficos; y era, además de Presidente del Consejo de Ministros, ex-Presidente del Congreso de los diputados, Diputado á Cortes, ex-Ministro de Gobernación, de Ultramar, de Es-

ante los revolucionarios triunfantes de 1868, hubo de exclamar arrogantemente: "Hasta ahora no veo que hayáis hecho otra cosa que vencer, y yo no me dejo convencer por la victoria." De su patriotismo habla toda su labor política y lo sintetiza aquella su bellísima frase: "Con la patria se está con razón ó sin ella en todas las ocasiones y en todos los momentos de la vida, como se está con el padre ó con la madre." Pero lo que aun más le enaltece es su rectitud admirable. Muchos políticos, muchos guerre-

---

tado y de Marina, ex-Presidente del Ateneo, Director de la Real Academia de la Historia, individuo de número de la Española, de la de Ciencias Morales y Políticas, de la de Bellas Artes de San Fernando, ex-Presidente de la de Jurisprudencia, socio de la Academia Real de Bélgica, de la de Ciencias de Lisboa, de la sevillana de Buenas Letras, de la Academia de Buenas Letras de Barcelona, académico honorario de la de Derecho de la misma ciudad, Caballero de la insigne orden del Toisón de Oro, Comendador de número de la Real y Distinguida orden de Carlos III, Gran Cruz de Cristo, Gran Cordón de la Legión de Honor, Gran Cruz de la Corona de Hierro de Alemania, Gran Cordón de la real orden de San Mauricio y San Lázaro de Italia, Gran Cruz de San Alejandro Newski de Rusia, del Sol naciente del Japón, del Cristo de Portugal, de Leopoldo de Bélgica, Gran Cruz Piana de la Santa Sede, de Santiago de la Espada de Portugal, del Aguila Roja de Alemania, de Leopoldo de Austria, del Salvador de Grecia, de la Estrella de Rumania, etc., etc.

rros, muchos hombres públicos, escalaron los más encumbrados puestos, ejercieron dominación, viéronse aclamados por sus conciudadanos; pero á costa de cuántas vidas, de cuántas honras, de cuántos ajenos dolores. Cánovas recorrió toda la distancia que conduce desde la oscuridad y la pobreza á los más altos puestos del Estado "sin dejar—como él mismo lo dijo—ningún jirón, ni el más mínimo, de dignidad y honradez en la subida ó pendiente áspera del monte" y sin causar el menor daño á nadie ni haber hecho derramar una lágrima...

Por eso su figura moral reviste excepcional grandeza y reclama lugar muy señalado, concurriendo todo á hacer de él una de las personalidades más prominentes de su siglo, hasta su inesperada y trágica muerte, acaecida cuando todas las miradas convergían hácia él y todas las inteligencias estaban atentas á sus palabras y á sus actos. La represión incondicional de los violentos trastornadores de la sociedad y enemigos declarados de ella, que él representaba, y el espíritu de racionales concesiones á las demandas del proletariado no sólo por sentimiento de humanidad, sino con la mira

de desarmar en lo posible su amenazadora actitud y quitarle el viso de razón que en ésta pudiera haber, y acaso también, el mantenimiento firme de los derechos de España sobre sus colonias, y su vida entera consagrada á la defensa y consolidación del orden; hicieron que el anarquismo, secta tan infame como estúpida, lo señalara como punto objetivo de sus odios y venganzas, arrebatándolo al servicio de la patria en el apogeo de su grandeza; y para que todo fuera proporcionado á aquella grandeza, llorólo el mundo entero y escribió su epitafio el gran Canciller de Alemania. (1)

La muerte de Cánovas produjo la orfandad de un pueblo y acaso cambió los destinos de la raza hispana; la cual, por virtud de los acontecimientos desarrollados después de la desaparición del insigne repúblico, parece haber quedado á merced casi del empuje invasor de los anglo-sajones.

---

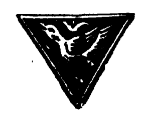
[1] En el lacónico mensaje de condolencia que el príncipe de Bismarck dirigió á la viuda del estadista español, concebido en estos significativos términos:

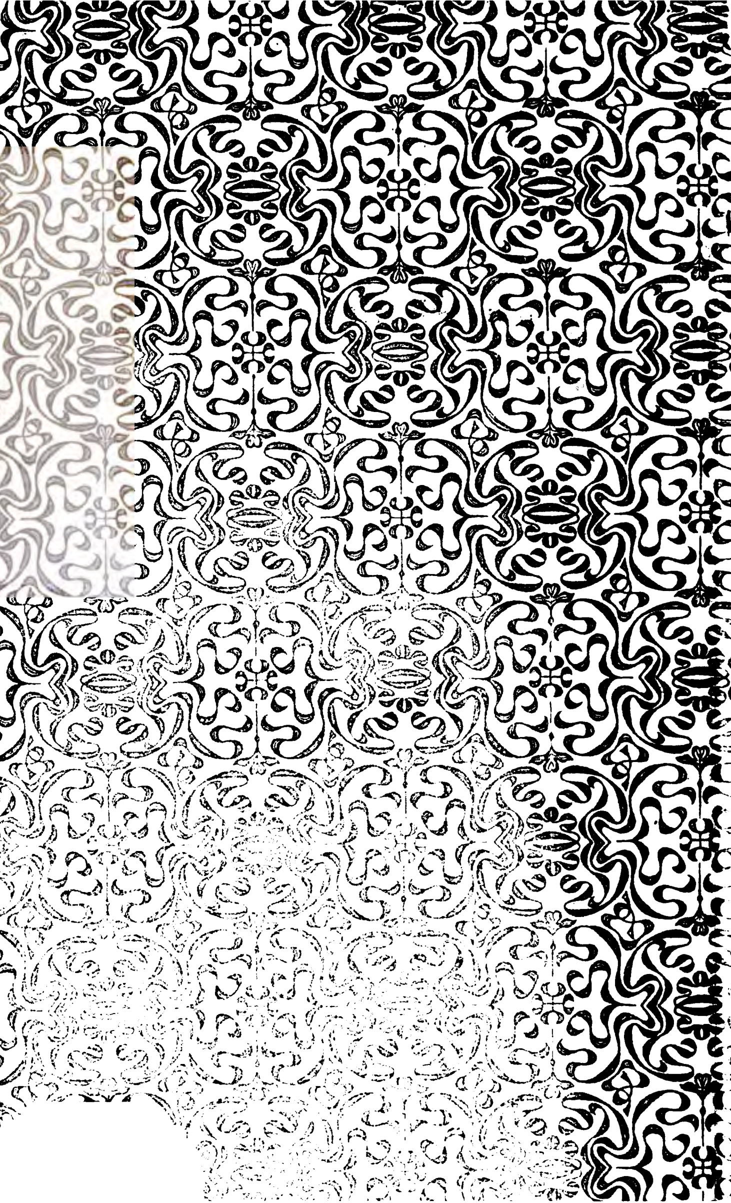
"Yo que jamás he inclinado la cabeza ante nadie, la inclino cada vez que oigo pronunciar el nombre de Cánovas del Castillo."

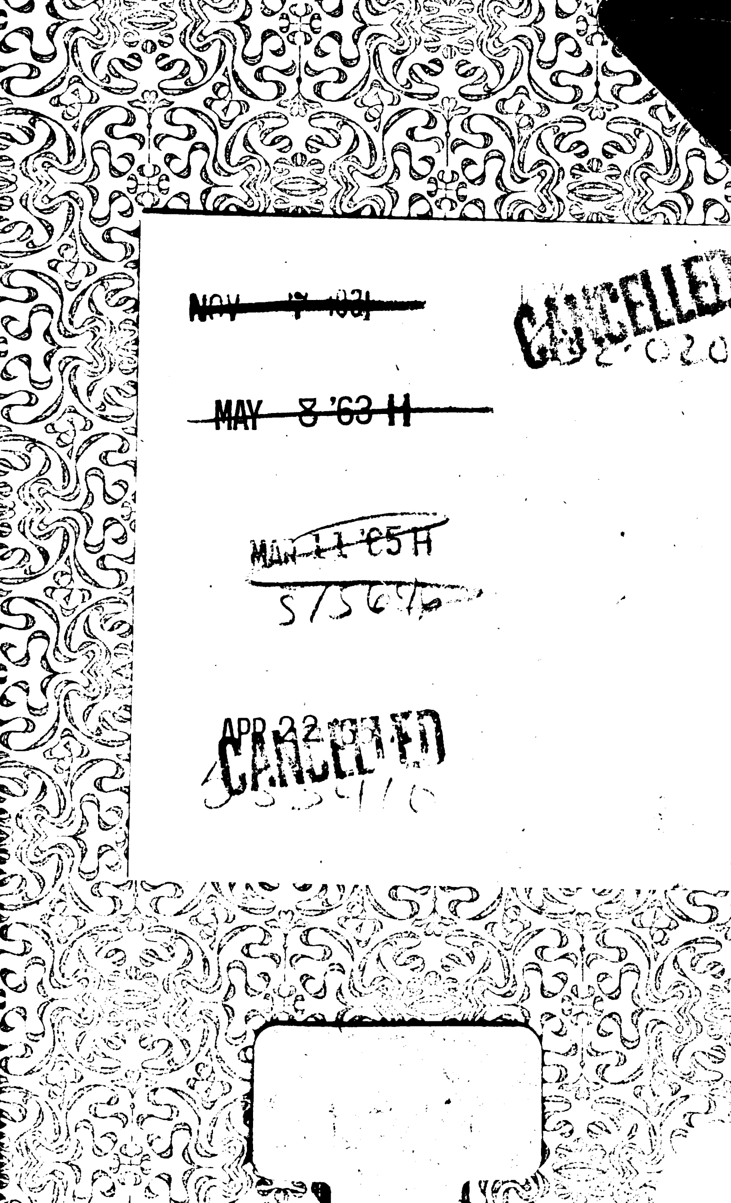
Para los hispano-americanos debe ser tenido Cánovas, no tan sólo como el hombre que simbolizó nuestros intereses en contraposición con los del anglo-sajón, pues que en la causa que representaba y defendía iba también envuelta la de la América latina y en particular la de Méjico; no tan sólo como una gloria de nuestra raza y un mentís á su pretendida inferioridad respecto de otras; no como el sabio que en sus escritos trató de cuantas cuestiones preocupan al pensamiento contemporáneo y dió una solución para los graves problemas de nuestros días; sino, sobre todo, como guía seguro de la vida pública que dejó en sus obras el canon de conducta práctica para los pueblos. En sus máximas y enseñanzas, contiénese la fórmula preservadora de esos dos escollos en que con frecuencia se han estrellado las jóvenes repúblicas de América: la anarquía y la reacción, pues que ellas armonizan la libertad con el orden, el progreso con la tradición. Deshacerse en estéril anarquía precipitada por las discordias, civiles, por ambiciones de caudillaje y por mentidos ideales revolucionarios ó irreligiosos, no sería más que preparar la con-

quista de los hombres del Norte, dando plausible pretexto á futuras agresiones, no por injustas menos brutales y seguras, de los usurpadores de Tejas y falaces atizadores de la insurrección cubana. Menos poderosos por el número y fuerza material nuestros pueblos que la conquistadora República del Norte, no tienen otro antemural que oponer al desbordamiento anglo-sajón, que el orden y el trabajo.

Mas si para muchos debe ser tenido Cánovas como mentor de la vida pública, todas las almas nobles habrán de ver en él al sustentador de los más elevados ideales y al que contrapuso su inspirada palabra "á cuanto es capaz de amenguar la patria, de producir el mal, de desvanecer la indispensable fe en lo eterno y lo perfecto, sobre que se funda la grandeza de la humana especie."






CANCELLED
MAY 8 '63 H
MAR 11 '65 H
CANCELLED